

EL PRINCIPIO

LOS PRIMEROS CUATRO MESES

ARMANDO BARTRA

© **Armando Bartra**

Mayo 2019

Cuidado de la edición: **Alicia Rodríguez.**

Diseño de interiores y portada: **Daniela Campero.**

Fotografía: **Eduardo Penagos.**

ÍNDICE

PORTAL

Los cien días que sacudieron a México.....5

30 MILLONES DE VOTOS

Ganamos... ¿y ahora, qué?.....19

TREN MAYA

“El tren que corría por el ancha vía”39

“SEMBRANDO VIDA”

Los árboles de López Obrador49

¿HUERTAS O TRASNACIONALES?

Los caficultores, la Nestlé y el nuevo gobierno59

PRESUPUESTO DE EGRESOS DE LA FEDERACIÓN

Los dineros de la 4T71

APRENDER DE LOS GOBIERNOS PROGRESISTAS DEL CONO SUR

¿Redistribución sin crecimiento?79

LA GUERRA HA TERMINADO

Marco estratégico de la Guardia Nacional87

HUEXCA EN DOS TIEMPOS

Defendiendo el territorio99

PORTAL

Los cien días que sacudieron a México

Fue muy importante sumar voluntades. Se triunfó porque se logró convencer a muchos de la importancia de cambiar el régimen. La política neoliberal usaba la simulación. Para mantener al régimen opresor... se fraccionó, se convirtió la política en un asunto gremial. Y era el movimiento feminista de equidad de género y el movimiento en defensa de los derechos humanos y el movimiento obrero y el movimiento campesino y así todos los movimientos. Y eso permitía que se mantuviese el régimen autoritario, porque cada quién se ocupaba de su movimiento. Nos ensimismábamos en nuestras causas, veíamos el árbol y no el bosque... Pero para cambiar al régimen teníamos que unir todas las causas. El gran cambio fue que se logró la unidad de todas las causas... Y espero que esto continúe así, que sigamos juntos independientemente de que pertenezcamos a una causa en particular, que no dejemos de ver lo que nos importa a todas y a todos...

Andrés Manuel López Obrador.

Conferencia matutina, 8/03/19

La Cuarta Transformación (4T) gana adeptos todos los días: según las encuestas, a los 30 millones votantes del primero de julio del año pasado ya se sumaron otros 40 o 50 millones de adherentes.

Pero, por otra parte, la 4T está siendo recibida con un tupido bombardeo de cuestionamientos; por un coro crítico que, bien visto, es un griterío bipolar:

la derecha rechaza las medidas del nuevo gobierno porque cambian las cosas y lo que había antes estaba bien; cierta izquierda rechaza las medidas del nuevo gobierno porque no cambian las cosas y son más de lo mismo.

Unos depresivos y otros compulsivos, los críticos al bote pronto son básicamente reactivos: están programados para el “no” y dicen “no”. Son, como dijo López Obrador, “conservadores”. Adjetivo que aquí es descriptivo y no peyorativo.

Ciertamente detrás del “no” hay intereses y en algunos casos patrocinadores: detrás del “no” de la derecha está la oligarquía mafiosa que no quiere abandonar el poder; mientras que detrás del “no” de la izquierda están los que repudiaron la vía electoral y cuando ésta se transita con éxito tienen que descalificar por principio los cambios resultantes, pues de otro modo quedan al margen de la historia.

Poscapitalismo o posneoliberalismo

El mayor desafío de la 4T es sacar a México de la pendiente del neoliberalismo. Es frenar la locomotora infernal que a fines del pasado siglo pusieron en marcha los tecnócratas rapaces, la cleptoburguesía parasitaria y las trasnacionales gandallas. Es atajar la corriente turbulenta y cenagosa que nos lleva al abismo; que nos arrastra a una crisis terminal y sin retorno. Y hacerlo ahora, cuando aún estamos a tiempo.

El mandato del nuevo gobierno no es, entonces, acabar con el capitalismo en general, sino ponerle

coto al mercantilismo salvaje, desalmado, inclemente que imperó durante los últimos treinta años. Un capitalismo rapaz que en México tiene muchos filos, entre ellos habernos uncido al sistema global, no como país extractivista, que dicen algunos, sino como economía maquiladora. Lo que es peor.

Ahora bien, el mercantilismo absoluto no es sólo un modelo de desarrollo al que se puede y se debe renunciar. En las tres décadas de su imperio, el neoliberalismo dejó la marca de la bestia en nuestras leyes, nuestras instituciones públicas, nuestras relaciones sociales, nuestras estructuras económicas, nuestro imaginario colectivo. La 4T tiene que sacarles el chamuco, tiene que exorcizarlas, tiene que regenerarlas.

Éste es el corazón socioeconómico de la 4T. Y en los primeros cuatro meses del nuevo gobierno ha quedado claro que los cambios van. Van con el acelerador a fondo.

Cambios en ráfaga

A partir del 3 de julio del año pasado, fecha en que se reunió con trescientos futuros colaboradores, el de Macuspana se olvidó de la campaña y se puso a gobernar. Y desde el primero de diciembre, un día sí y otro también, están ocurriendo cosas importantes en los más diversos ámbitos. Actos de gobierno de trascendencia económica, de importancia social, de relevancia política, de valor simbólico... o todo a la vez.

¿Es mucho lo que ha avanzado el gobierno en tres meses? ¿Es poco? ¿Podía ser más? ¿Vamos bien?

Una forma de dilucidarlo es atendiendo a la opinión de la gente. El primero de julio votó por López Obrador, el 53% de los que sufragaron. Para noviembre de ese año la aprobación al presidente electo ya era de 62%. Para febrero de 2019 la aprobación al presidente en funciones llegaba a 67%, y en el arranque de marzo era de 80%.

Pero las encuestas son simples cortes y para tener un punto de comparación histórico se me ocurrió un ejercicio: enlistar los cambios operados en cien días por el nuevo gobierno y compararlos con los que realizó en el mismo lapso el mejor gobierno que haya tenido México en toda su historia: el de Lázaro Cárdenas.

Para los cien días del general esto fue lo que encontré.

El general Cárdenas gana las elecciones con un millón de sufragios en un país de 18 millones de habitantes, pero donde no votan las mujeres. Apenas toma posesión, el 3 de diciembre de 1934, firma el acuerdo de abolición del juego por el que se clausuran el *Foreign Club* y otros casinos. Días después reduce en 40% los gastos de representación del gobierno y cancela las erogaciones para el moblaje de la residencia presidencial del Castillo de Chapultepec, con lo que reduce en 400 mil pesos de entonces los gastos de la Presidencia. El 16 de envía a la Cámara de Diputados una iniciativa para reintegrarle a Quintana Roo su antiguo territorio, por entonces dividido entre Yucatán y Campeche. El 26, el Senado, de mayoría cardenista, rechaza

la pretensión de La Compañía Mexicana de Petróleos El Águila de que, como ocurría desde 1905, se le siguiera eximiendo del pago de derechos de exploración y explotación, concesión por la que la empresa se había ahorrado unos 40 millones de pesos. El 20 de enero de 1935 el presidente instruye a la Secretaría de Relaciones Exteriores para que no se permita adquirir tierras ni concesiones petroleras a los extranjeros. El 20 de febrero la Secretaría de Educación establece que todas las escuelas públicas deben ser mixtas, decreto que se suma al rechazo presidencial de la enseñanza religiosa y su simpatía expresa por la educación socialista. Hay también decisiones políticas referentes al manejo de los numerosos conflictos con que fue recibido su gobierno: el callismo, los empresarios de Nuevo León, los provocadores Camisas Rojas de Garrido Canabal, los violentos grupos cristianos...

No cabe duda de que el gobierno del de Jiquilpan empezó a dar color desde el principio. Pero el de Macuspana, que ganó con 30 millones de votos en un país de 120 millones de habitantes, no se queda atrás.

Enderezando entuertos

Haré el recuento de las decisiones más importantes. Una rápida sucesión de acciones precisas y contundentes que vistas en conjunto apuntan a un cambio de régimen; una reconfiguración del Estado mexicano y, por esa vía, a una recomposición del país todo... Cuando menos hasta donde un país es reformable por

puros actos de gobierno, pues otros cambios tendrán que venir de abajo, de la sociedad. Y son responsabilidad de nosotros. Son responsabilidad de los de a pie.

Podría elegir para mi análisis una o dos acciones del nuevo gobierno que sean de mi especialidad y en cuya valoración crítica me sienta cómodo, que es lo que acostumbran los contestatarios focalizados de la llamada “sociedad civil”. No lo haré. Para contrarrestar el posmoderno compartimentalismo oenegenero y recuperar el ecuménico holismo de los izquierdistas de antes —que le entrábamos a todo— intentaré mostrar el bosque y no sólo algunos árboles, visibilizando un conjunto significativo de acciones transformadoras.

Así pues, y aunque pueda resultar farragoso, déjenme recordarles una veintena de quiebres, de virajes, de golpes de timón cada uno trascendente en sí mismo y todos juntos apabullantes.

Empiezo por acciones y decisiones de relevancia económica y ambiental.

- La cancelación del Nuevo Aeropuerto de la Ciudad de México en la cuenca de Texcoco.
- La suspensión de las rondas y licitaciones de Pemex y de la Comisión Federal de Electricidad (CFE).
- Impulso a la prospección, extracción y refinación de petróleo, así como a la generación de electricidad, para de esta manera recuperar nuestra soberanía energética.
- No al *fracking*.

- Ni una concesión más a las compañías mineras y exigencia de que las que operan cumplan sus compromisos ambientales, sociales y fiscales.
- No a los transgénicos.
- Precios de garantía a los campesinos pequeños productores de básicos y soberanía alimentaria.
- Aumento sustantivo del salario mínimo.
- Alto a la corrupción, empezando por Pemex, la Secretaría de Salud, la Comisión Federal de Electricidad...
- Inclusión productiva y creación de empleos mediante políticas de fomento agropecuario e inversiones en infraestructura principalmente en el sureste: Sembrando Vida, Tren Maya, Corredor Transistmico, refinería de Dos Bocas.
- Drástica reducción de sueldos y prestaciones de la alta burocracia y en el caso del presidente: salida de Los Pinos, disolución de la Guardia Presidencial, venta del avión y otros vehículos, reducción al mínimo de los gastos de representación, los vuelos en clase turista, el Jetta blanco...

Otras acciones son de trascendencia social y política.

- Derogación de la Reforma Educativa punitiva y propuesta de otra de relevancia pedagógica y concertada con todos los actores.
- Reforma laboral favorable a la democratización de los sindicatos.

- Inclusión de los jóvenes mediante programas de becas, cien escuelas superiores y apoyos a quienes quieren capacitarse en el trabajo.
- Dignificación de la tercera edad mediante pensiones a ocho millones de adultos mayores.
- Formalización de las conquistas de los pueblos originarios mediante una Ley que regule el derecho a la consulta previa, libre e informada, y una reforma al artículo segundo de la Constitución para que se les reconozca como sujetos de derecho público.
- Las vallas metálicas y gases lacrimógenos con que el gobierno de Peña Nieto se despidió de los migrantes centroamericanos, contrastan con el trato digno con que ahora se les recibe y con las visas humanitarias que se les otorgan.
- El drama de los desaparecidos comienza a tomarse en serio con la conformación de una Comisión de la Verdad para el caso de Ayotzinapa y la atención efectiva a la totalidad de las víctimas.
- Para quienes nos hemos pasado la vida gritando “¡Presos políticos, libertad!”, es fundamental la excarcelación de personas injustamente presas decidida por el nuevo gobierno.
- Complemento de la liberación de presos es la erradicación del espionaje y la policía política hoy encarnados en el Centro de Investigación y Seguridad Nacional.
- Y, por sobre todas las cosas la decisión de López Obrador de ponerle punto final a la guerra

contra el narco, a la que habrá de sustituir una política de paz y seguridad para los ciudadanos, sustentada en programas de inclusión que le enfríen el agua a los cárteles, y por otra parte mediante la recuperación de los territorios, operada por la naciente Guardia Nacional: una inédita fuerza pública de carácter policiaco y mando civil, pero disciplina militar.

- En cuanto a la relación de México con el mundo, es para ponerse de pie y aplaudir, la recuperación de nuestra política exterior de autodeterminación de los pueblos, no intervención en los asuntos internos de otros países y solución pacífica de las controversias. Rescate histórico de nuestra tradición diplomática que nos ha permitido mantener una posición vertical en la difícil crisis venezolana.

Termino aquí una enumeración que me parece indispensable, no porque lo descrito sean galas de nuevo gobierno —que también lo son— sino porque son logros nuestros. Conquistas de quienes por meses, años, lustros, décadas... luchamos por todas o algunas de estas reivindicaciones. Y las estamos haciendo realidad gracias a que nos decidimos a jalar juntos y cambiar de gobierno.

La crítica crítica

Naturalmente si alguien está en desacuerdo con alguna de estas acciones, posiblemente aquella que toca

un tema que le afecta directamente o que conoce a fondo, tiene derecho a cuestionar, a que se le tome en cuenta y a que se le responda con argumentos.

Pero sin olvidar que hay otras veinte iniciativas y que un juicio ponderado sobre el nuevo gobierno tiene que considerarlas todas. La 4T es un proceso integral con múltiples dimensiones entrelazadas y así debe ser evaluado. Cuando está en juego el destino del país, los particularismos estrechos y ensimismados: a mí mis minas, a mí mis presas, a mí mi *fracking*, a mí mis transgénicos, a mí mis mujeres, a mí mis pueblos originarios... son improcedentes.

Quizá no todas estas medidas de gobierno nos gusten y posiblemente quisiéramos que hubiera otras o que fueran más. Pero hay que ser muy mezquino o muy ciego para negar que los cambios van.

Y que van en la dirección que desde siempre hemos preconizado los de izquierda. Cambios que por décadas reivindicamos desde diferentes trincheras y a través de diversos movimientos sociales, y que ahora se están materializando porque finalmente decidimos unirnos para luchar juntos por un cambio de gobierno.

El que no entienda que lo que hizo la diferencia en las batallas del aeropuerto, la reforma educativa, el *fracking*... es haber impulsado decididamente la vía electoral, es que no quiere entender. Y quizá no quiere entender porque se hizo a un lado cuando se trataba de librar la épica —sí, épica— lucha cívica de los últimos quince años. De modo que, ahora que

ganamos, no le queda más que mentar madres y descalificarlo todo.

Y es que se ha de sentir feo no haber estado ahí. No haber participado en la gran batalla electoral y no haber podido celebrar con todos la noche del primero de julio, cuando supimos que éramos treinta millones y habíamos ganado... Pobres.

Lo que no quita que la crítica, venga de donde venga, es parte sustantiva de la Cuarta Transformación.

Dudas y desavenencias

En lo que mí toca, hay una idea de López Obrador que no comparto, una acción de su administración que me parece equivocada y un problema económico que pide solución pero del que el gobierno habla poco.

La idea que me parece discutible es que, dado que las organizaciones gremiales y civiles fueron corporativizadas y cooptadas por los gobiernos del PRI y el PAN, las acciones y recursos del nuevo gobierno deben dirigirse y entregarse directamente a los destinatarios en lo individual. El diagnóstico que apunta al clientelismo me parece certero, la solución no. En pro de la brevedad reviro con un epigrama:

La mayor riqueza de una sociedad es su (auto) organización. El peor crimen de los anteriores gobiernos fue haberla pervertido. El mayor error del gobierno del cambio sería tratar de suplantarla. La mayor tarea de la sociedad en movimiento es regenerarla.

La equivocación que encuentro es haberse dejado deslumbrar por el anuncio de una cuantiosa inversión de la Nestlé, sin atender a los sólidos argumentos de los caficultores en el sentido de que la transnacional quiere cafés malos y baratos para hacer solubles, mientras que nuestro grano aromático tiene calidad de exportación, genera divisas, proporciona millones de empleos y al ser mayormente bajo sombra y biodiverso es ambientalmente virtuoso.

Y señalo este resbalón, porque no es algo que impacte a unas cuantas comunidades o a una sola región, como la mayoría de los sobrecuestionados “megaproyectos”, sino que afecta a medio millón de familias caficultoras de nueve estados de la República y a varios millones de jornaleros que trabajan en las pizcas. Aclaro, también, que a mi entender no se trata de sacar del país a la gran corporación agroalimentaria, porque ciertamente necesitamos inversiones, sino de acotarla y apoyar en serio a la caficultura de calidad que nos caracteriza.

Por fortuna parece que el gobierno está rectificando, los recursos para el café —que en el presupuesto federal para 2019 se había reducido en 60%— ya se repuso y con él las acciones de fomento que respalda, el programa Sembrando Vida no subsidiará las plantaciones de cafés robustas que la Nestlé necesita y se autorizaron 1,200 millones de pesos como apoyo fiscal compensatorio de los bajos precios. ¡Alabado!

El problema grande que descubro en el proyecto, es que ciertamente en un país empobrecido y pola-

rizado, la primera tarea de un gobierno de izquierda es la redistribución progresiva del ingreso mediante políticas públicas. Una redistribución que no debe ser puramente asistencial sino también productiva, y que para ser sostenible requiere de un crecimiento significativo de la economía nacional.

Ahora bien, desde hace tres décadas nuestra economía casi no crece y, por lo que se ve, el nuevo gobierno tendrá dificultades para hacerla crecer lo suficiente.

En el Cono Sur del Continente encontramos ejemplos de gobiernos de izquierda que se legitimaron gracias a que en un entorno macroeconómico propicio para crecer y mediante la redistribución del ingreso, redujeron significativamente la pobreza y procuraron el bienestar. Pero que, en cuanto terminó la bonanza, fueron desertados por las mayorías.

Nosotros no tenemos el entorno mundial favorable que ellos tuvieron en el arranque del siglo. Aun así, necesitamos crecer más si queremos que el bienestar que comenzaremos a procurar con los nuevos programas sea sostenible.

Para esto se necesita inversión. Y la que tenemos a la mano puesto que gobernamos, es la inversión pública; una inyección de los recursos fiscales planeada y dirigida, que sin embargo en México está muy acotada por una ínfima recaudación. Monto de inversión pública que además de ser raquítico en los últimos años ha venido disminuyendo. La conclusión insosla-

yable es que hace falta una reforma fiscal progresiva. Es decir, que los ricos paguen más.

Es obvio que si se los anuncias durante la campaña o en el arranque de la nueva administración, los machuchones que tienen la pachocha se las arreglan para no dejarte llegar a la Presidencia o te desfondan la economía. Pero tarde o temprano —de ser posible antes de los proverbiales tres años— habrá que decirles que se les aumentan los impuestos; en particular el que les duele, que es el impuesto sobre la renta. Y que se hará por el bien de todos —también de ellos— pues sin la palanca de una inversión pública robusta no hay crecimiento ni acumulación sostenible...

En fin, ya se verá. Entre tanto, la Cuarta Transformación va.

30 MILLONES DE VOTOS

Ganamos... ¿y ahora, qué?

Lo bueno de las utopías es que son realizables.

Julio Cortázar

México ya cambió. Aún no arranca formalmente el nuevo gobierno y después habrá que esperar los resultados de su gestión, sin embargo el primero de julio México giró sobre su eje. Y esto ocurrió no porque la administración de Peña fue desastrosa, porque el sistema político estaba agotado, porque la oligarquía se dividió, porque la estrategia electoral de las derechas fue equivocada o porque al final no se decidieron a operar el fraude... Esto ocurrió sobre todo porque millones de mexicanas y mexicanos trabajamos para que ocurriera. Una historia multitudinaria cuyo mayor protagonista es López Obrador y que en otro momento habrá que contar.

Desde el punto de vista de las subjetividades, después de estas elecciones el país es otro porque hoy sabemos que cuando menos 30 millones de compatriotas están expresamente por el cambio; por el cambio contundente y decidido pero moderado y paulatino que ofrece el gobierno de López Obrador.

Y esto hay que leerlo como una revolución comicial que, como se vio con la vía de acceso al poder de los llamados “gobiernos progresistas” en el Cono Sur de nuestro continente, es el nuevo tipo de revolución que nos trajo el siglo XXI. Un vuelco cuya dialéctica a veces regresiva y siempre sinuosa no acaban de asimilar quienes siguen pensando en el lineal modelo leninista de las dictaduras revolucionarias del siglo XX: voy derecho y no me quito.

En cuanto a México, por vez primera en décadas el año que entra tendremos un gobierno legítimo y de izquierda; de la izquierda reformadora por la que votó más de la mitad de los que sufragaron; de la izquierda posibilista que escogió en las urnas el México profundo realmente existente.

Cambiando la dramaturgia

Se vale seguir trabajando por una transformación más radical de las estructuras socioeconómicas. Y algunos tercetos sin duda lo haremos pues las convicciones profundas van más allá de la coyuntura. Lo que no se vale es olvidar que el país ya cambió: que hay nuevos protagonistas, que el escenario es otro y que otra debe ser la dramaturgia y otro el papel de todos y cada uno de los actores (aunque que, por lo visto, a algunos les cuesta trabajo poner al día su caracterización, pues ya se habían aprendido los viejos parlamentos).

México cambió y seguir siendo de oposición del mismo modo en que lo éramos antes —así nomás,

como si nada, porque uno es anticapitalista y el gobierno electo no — conduce al doctrinarismo auto-complaciente, a la etérea y descontextualizada política testimonial, a la impotente vacuidad.

Podemos, por ejemplo, simpatizar con *Marichui* y con la causa indígena tal como la esgrime el EZLN. Pero no podemos darle la espalda al hecho de que el primero de julio el pueblo votó y lo hizo masivamente por el *Peje*. No porque la gente está harta, porque es ingenua y mesiánica o porque en el fondo es anticapitalista aunque no se ha dado cuenta. Las mexicanas y los mexicanos fuimos a las urnas en riadas ciudadanas por la esperanza fundada que López Obrador y *Morena* representan. Entonces, si de verdad estamos con la gente y no sólo con ciertas ideas, esta definición multitudinaria debe ser el referente inmediato y principal de nuestra acción.

No todos reaccionan así. Uno habla con amigos de izquierda y se encuentra con que muchos que habían pronosticado el fraude, ahora que no lo hubo esperan ansiosos la feroz ofensiva de la derecha; carga providencial que les permitirá seguir haciendo lo que han hecho siempre y saben hacer: defenderse valientemente y resistir a la reacción. Sin darse cuenta cabal de que ciertamente vendrá la respuesta dura de los conservadores, pero ahora son ellos los que están a la defensiva, y nuestro trabajo principal será seguir avanzando decididamente en la transformación, sin preocuparnos demasiado por los que griten a nuestro paso y traten de ponernos zancadillas.

Otros amigos, igualmente zurdos, están a la caza de las decisiones erróneas o simplemente dudosas, del futuro gobierno; “desviaciones” que en el fondo los alegran, pues les permiten seguir ejerciendo de críticos-críticos, de agoreros del fracaso: “Ya ven. Se los dije...”

Y es que no les cae el veinte. Ni unos ni otros —que generalmente son los mismos— se quieren dar cuenta de que el primero de julio ganamos y que sin dejar de resistir a la previsible ofensiva de la contra y de criticar las inevitables torpezas del próximo gobierno, en los nuevos tiempos nuestra tarea central es construir, abrir camino, marchar por rumbos inéditos... Y si en esa marcha de vez en cuando tropezamos o nos caemos, pues ya estaría de Dios.

Saber ser hegemónicos

Conforme se fue gestando el tsunami comicial de julio, el histórico movimiento por el cambio pasó de estar a la defensiva a estar a la ofensiva; de ser contra hegemónico a ser hegemónico. En consecuencia hay que transitar del énfasis en la resistencia al énfasis en la construcción; de parar los golpes de gobiernos ilegítimos, antipopulares, vende patrias y corruptos a edificar el país que queremos junto con el nuevo gobierno.

En los tiempos del PRIAN era legítimo y pertinente amacharse en el puro NO, pues ciertamente con los tecnócratas matizar era claudicar. No al TLCAN, no a la minería tóxica, no a las grandes represas, no a

todos los megaproyectos... eran fórmulas correctas. Y hoy en cierto modo siguen siéndolo. Pero ya no bastan, pues el primero de julio elegimos un gobierno expresa —y exigiblemente— comprometido con el país, con la defensa de las comunidades y con el cuidado del medio ambiente. Y esto —repito— hace la diferencia.

Ahora la cuestión es cómo —sin chaquetear ni bajar la guardia— empezamos a materializar aquí y ahora este compromiso con el país, las comunidades y la naturaleza. Pero teniendo siempre en cuenta las condiciones objetivas, los hechos consumados, la correlación de fuerzas, la viabilidad de lo que nos proponemos... Porque, en adelante, el que los planes de gobernantes y gobernados tengan éxito es también nuestra responsabilidad.

El Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (FPDT) —por ejemplo— puede y debe seguir diciendo NO al nuevo aeropuerto de la Ciudad de México, como lo ha venido haciendo en las semanas recientes. Pero ahora, más enfáticamente que antes, este rechazo va acompañado por una visión de desarrollo socio ambiental para la cuenca Texcoco-Atenco, que no sólo detendría la ominosa megalópolis detonada por el aeropuerto, que imaginan ahí Slim y sus congéneres, sino que restauraría la vida campesina y comunitaria de la región.

Recuperación de una zona hoy degradada, a la que no puede negarse un gobierno federal como el de López Obrador, que apuesta expresamente por la agricultura, por los campesinos y por la naturaleza.

Y que también incumbe al nuevo gobierno de la Ciudad de México, encabezado por Claudia Sheinbaum, pues los planes de los especuladores inmobiliarios no sólo arrasaría con el entorno del presunto aeropuerto, también arrastrarían tras ellos a la cuenca entera, haciendo imparable el deterioro a toda la conurbación metropolitana. En cambio la restauración socio ambiental y campesina que proponen el FPDT y sus aliados, sería el modelo a seguir en el resto de la cuenca y en particular en los pueblos del sur. Protesta con propuesta, pues.

En cambio, exigirle al nuevo gobierno “cancelar... todas las concesiones mineras... de forma inmediata”, como reclama en un reciente comunicado la plausible y aguerrida convergencia de resistencias territoriales que es la Red Mexicana de Afectados por la Minería (Rema). Y demandarlo perentoriamente aun sabiendo —porque es obvio— que ni este ni ningún otro gobierno lo puede hacer así nomás, es repetir una retórica que quizá sirvió con el viejo régimen pero que sería mejor empezar a cambiar.

Detener, sancionar y reparar las bárbaras afectaciones socio ambientales de la minería a tajo abierto, no entregar nuevas concesiones y revisar la legalidad de las existentes, son demandas justas que el nuevo gobierno puede y debe cumplir. En cambio emplazarlo a que acabe de un plumazo con toda la minería, pues “no hay tiempo para matices (y) esperamos contundencia”, es marginarse de la realidad en nombre de una identidad política que de esta manera corre el riesgo de petrificarse.

No digo que dejemos de criticar, no digo que renunciemos a exigir; propongo, sí, que habiendo hecho el milagro: habiendo logrado lo imposible el primero de julio, seamos ahora utópicos exigiendo lo posible... y trabajando juntos por ello.

Posneoliberal

El vuelco del primero de julio promete muchas cosas, entre otras que no se repitan Ayotzinapa, Tlatlaya, Nochistlán..., lo que ya sería bastante. Ahora bien, en lo que toca al curso socioeconómico, la tarea central es escapar del torrente neoliberal al que nos empujaron hace 35 años y que nos arrastra al abismo.

No tiene caso hacer aquí el recuento pormenorizado de los daños, baste decir que de un crecimiento del de producto interno bruto per cápita, que después de la Segunda Guerra Mundial se había movido en torno a un 7% anual y —aun en el declive— con Luis Echeverría había llegado al 3.1% y con José López Portillo al 4.3%, pasamos durante la primera administración —tecnocrática la de Miguel de la Madrid— a un decrecimiento de casi 1%, mientras que de Carlos Salinas a Peña Nieto, en ningún sexenio el incremento llega a 2%, y para el conjunto el promedio es 1%. Así las cosas, desde la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, la salida de mexicanos a EU se vuelve estampida: un promedio de 500 mil cada año; mientras que la importación de alimentos se intensifica hasta llegar al 50% de lo que consumimos. Y

luego las “reformas estructurales”. Y mientras tanto el narco y la guerra contra el narco. Y envolviéndolo todo la corrupción. Un desastre.

Ante esto, lo insoslayable, lo urgente no es tanto cambiar el modo de producción —lo que sin embargo sigue estando en la agenda estratégica— sino cambiar ya el modo de conducción. Pasar de gobiernos omisos, desafanados y corruptos cuyo activismo se redujo a tomar las medidas (apertura comercial, desregulación económica, desmantelamiento de las instituciones de fomento...) que les permitieran desembarazarse de su responsabilidad constitucional con la soberanía y la planeación democrática del desarrollo, a un gobierno probo, activo y enérgico que en lo externo defienda los intereses nacionales y en lo interno impulse el crecimiento sostenible y la distribución equitativa del ingreso. En breve: un gobierno posneoliberal.

Ahora bien, casi cuatro décadas de librecambismo a ultranza transformaron profundamente al país, de modo que hoy la razón neoliberal impregna todas nuestras instituciones: se modificaron en esa perspectiva la Constitución y otras leyes, además de que se adecuaron a ella los aparatos del Estado, sus instancias, sus políticas y sus reglas de operación; pero también se reconfiguró la estructura de nuestra economía hoy severamente extranjerizada (aunque no extractivista y primario exportadora —como dicen los que repiten fórmulas de moda— sino básicamente maquiladora; lo que es peor, pues lo que sacrificamos en las aras del gran capital trasnacional no son tanto rique-

zas naturales como plusvalía: el sudor y la sangre de nuestros sobreexplotados trabajadores).

El neoliberalismo estructural que hoy conforma nuestras instituciones y nuestra economía, tendrá que ser desmontado paulatina y progresivamente pues las leyes no se cambian por decreto, los aparatos de Estado son resistentes a las mudanzas y el sistema productivo responde a intereses poderosos que no se pueden soslayar, y está sujeto a las inercias del mercado. El enfoque, en cambio, es asunto de voluntad; una decisión política que se puede —y debe— tomar ya. Que de hecho ya se tomó.

Un paradigma de recambio

Lo que hay que cambiar sin dilación es el paradigma; sustituir de inmediato los supuestos básicos del neoliberalismo por los principios, conceptos y valores que en adelante deberán guiar los trabajos de gobierno y sociedad. Un nuevo modo de ver las cosas y de proyectar el futuro; un modelo opuesto al neoliberal, que puede leerse en los 50 objetivos del Proyecto de nación 2018-2024, de los cuales la mitad son de carácter económico.

Resumo brevemente la propuesta en seis conceptos contrastantes con el dogma librecambista:

Primero los pobres (objetivos 3, 38, 39, 41, 42), concretado en redistribución progresiva del ingreso mediante aumento al salario mínimo y a las remuneraciones de los trabajadores de base al servicio del

Estado, pero también la cobertura universal de los servicios básicos, el apoyo a las madres solteras, a los jóvenes, a los viejos... Para el neoliberalismo, en cambio, primero van los ricos, pues —dicen— si se crea y acumula riqueza, ésta gotea y llega a los de abajo.

Primero el sur (objetivos 17, 19, 21), concretado en programas de desarrollo para la región, en el rescate del campo y de la economía campesina, y en el proyecto de sembrar un millón de hectáreas con árboles, unos frutales y otros maderables. Para el neoliberalismo, en cambio, primero va el norte —volcado hacia los EU— pues al desarrollo lo guían el mercado y las ventajas comparativas.

Soberanía alimentaria (objetivos 19, 20, 21, 22), concretado en políticas de rescate al campo privilegiando la producción campesina, la ganadería y la pesca; comprando a precios de garantía el maíz, el frijol, el trigo y la leche de los productores con menos de cinco hectáreas; favoreciendo las prácticas agroecológicas. Para el neoliberalismo el país no tiene vocación cerealera, de modo que es más rentable importar granos básicos que producirlos.

Soberanía energética (objetivos 4, 23, 24, 25), concretado en reversión o cuando menos revisión de los contratos derivados de las reformas estructurales, rehabilitación y construcción de refinerías, impulso a las hidroeléctricas. Para el neoliberalismo lo más conveniente es privatizar las paraestatales del ramo e integrarnos a la estrategia energética estadounidense exportando petróleo e importando combustibles.

Soberanía laboral (objetivos 17, 21, 28, 29, 30), concretado en cumplir la obligación constitucional de generar empleos estables y remunerativos mediante el apoyo a la pequeña y mediana empresa y a través de programas regionales que retengan población local que de otra manera migra, entre ellos el millón de hectáreas reforestadas y las obras de infraestructura. Para el neoliberalismo el desempleo que propicia bajos salarios es lo que nos hace competitivos y exportar campesinos al tiempo que se importan alimentos es un buen negocio para el país.

Recuperar al Estado como motor del desarrollo (objetivos 1, 13, 35), concretado en erradicar la corrupción, la simulación y el dispendio, para —así saneadas— restituirle a las instituciones públicas su función constitucional de impulsar el crecimiento, garantizando que éste sea integral, incluyente, justo y sustentable. Para el neoliberalismo el Estado debe ser mínimo y estar al servicio del mercado y sus usuarios corporativos, lo que incluye la prevaricación como palanca privilegiada de acumulación.

Reconstruir al Estado, regenerar a la sociedad

La tarea inmediata de los que integran el nuevo gobierno es emprender la regeneración del Estado mexicano, hoy postrado; la tarea inmediata de los demás es emprender la regeneración de la sociedad mexicana, hoy desguzada. Porque sin instituciones públicas saneadas, vigorosas y orientadas al bien común,

no habrá cambio justiciero; pero tampoco lo habrá sin una nueva, animosa y creativa organicidad social.

La clepto-tecnocracia que emporcó y carcomió al Estado mexicano, también desgarró y despedazó nuestro tejido social. Desde los años veinte del pasado siglo la “revolución hecha gobierno” había fomentado el clientelismo y el corporativismo, pero en las décadas neoliberales se desfondó lo poco que había de organización gremial válida.

Salvo excepciones como el sindicato minero, en el mundo del trabajo asalariado no hay organismos gremiales democráticos y combativos, sino contratos de protección; en el campo, los pueblos aún defienden heroicamente sus territorios, pero el ejido fue en gran medida desmantelado y las organizaciones económicas de productores que todavía subsisten, con tal de conservar su membrecía se han visto reducidas a “bajar recursos” de los programas públicos; la mayor parte de las agrupaciones de colonos urbanos devinieron cacicazgos; a nombre de los comerciantes y empresarios pequeños hablan por lo general las cúpulas corporativas; no hay organizaciones representativas de estudiantes, ni de profesionistas, ni de mujeres...

Hay resistencias, sí. Ahí está la coordinadora de los maestros democráticos; ahí están las redes que enlazan a quienes se oponen a los megaproyectos; ahí están las comunidades que aún se articulan en el Congreso Nacional Indígena; ahí están las indoblegables organizaciones de víctimas; ahí están las asociaciones civiles defensoras de derechos... Poco, muy poco

para lo que es el país. Casi nada, en verdad, para lo que demanda la regeneración de México.

Entonces lo urgente es organizar. Organizar ya, no sólo para resistir sino para construir; para resolver juntos pequeños o grandes problemas; para hacerle frente a los retos con ayuda del gobierno o sin ella. Porque, viéndolo bien, si nos decidiéramos, muchos de los males que hoy nos aquejan podríamos remediarlos sin más recurso que la solidaridad y la organización.

¿El regreso del *ogro filantrópico*?

Ahora que tendremos un buen gobierno es el momento de dejar de ser gobiernistas. Dejar de esperar que las soluciones vengan siempre de arriba. Dejar de organizarnos sólo o principalmente para reclamar, demandar, exigir...

Ahora que vamos a tener un gobierno que nos apoyará en vez de hostilizarnos y bloquearnos, hay que dejar atrás el síndrome del “ogro filantrópico”; un endiosado leviatán que junto con la Virgen de Guadalupe debía remediar todos nuestros males.

Del nuevo gobierno esperamos muchas cosas; entre otras aquellas a las que se comprometió durante la campaña. Pero esperamos, sobre todo, que esté dispuesto a escucharnos y a trabajar junto con nosotros; junto con el pueblo organizado. Que esté dispuesto a convocar y movilizar no únicamente sus recursos institucionales y presupuestales —siempre insuficientes—, sino también la enorme creatividad y energía

social hoy aletargadas. Algo de esto hizo el gobierno del general Cárdenas. Y le salió bien.

Sin gremios estructurados; sin sindicatos y uniones campesinas; sin organizaciones locales, regionales y sectoriales; sin convergencias plurales y deliberativas; sin empresas asociativas de producción y servicios... no habrá cambio verdadero. Porque a la sociedad no la organizan ni el mercado ni el Estado, la sociedad se organiza sola. Y sin frentes, alianzas, uniones, federaciones, redes, asociaciones civiles, consejos, comités y toda clase de colectivos grandes y pequeños, haga lo que haga el nuevo gobierno no veremos la luz.

En cuanto a la organización rural, que es la que mejor conozco, lo que vislumbro es un cambio de terreno; una reorientación estratégica consecuente con que el primero de junio el país entero cambió, lo que exige pasar de la defensiva a la ofensiva mudando prioridades, formas de articulación, formas de lucha...

Paradójicamente, hace treinta y cinco años, en el arranque del neoliberalismo, la organicidad campesina mexicana dio un salto adelante. En una suerte de “bono de marcha” o cena de lujo para el condenado a muerte, con la complacencia y los dineros del gobierno de Carlos Salinas e impulsados por quienes se tomaron en serio aquello de que había llegado la hora de la “mayoría de edad” y de la “apropiación del proceso productivo”, durante los noventa surgieron millares de agrupamientos rurales de distintos niveles: uniones de ejidos, comercializadoras, financieras,

fondos de aseguramiento, asociaciones regionales de interés colectivo, sistemas comunitarios de abasto, empresas en solidaridad, simples comités comunitarios y —pasando del viejo modelo centralista al de redes— surgieron también coordinadoras nacionales, unas multiactivas y otras sectoriales: café, granos básicos, bosques, finanzas sociales... que reivindicaban la autonomía en la gestión.

Lamentablemente lo que los tecnócratas ofrecían no era la esperada mayoría de edad campesina sino el acta de defunción de unos pequeños productores que en la perspectiva neoliberal debían desaparecer. Y dejados a su suerte en medio de un mercado desregulado poblado de tiburones corporativos, casi todos los proyectos quebraron y la mayor parte de las organizaciones —no todas— se desfondó.

¿Lecciones?

La primera es que la organización rural inducida desde arriba y por decreto es flor de un día y que sin políticas públicas favorables al campo y sustentadas en proyectos de desarrollo contruidos participativamente, la inyección al agro de recursos gubernamentales, además de estéril es una fruta envenenada.

La segunda es que los procesos de organización agraria pueden ser rápidos y hasta explosivos si las políticas públicas generan expectativas, pero sobre todo si se apoyan en la iniciativa, la creatividad y la energía social de los campesinos.

La tercera es que la autonomía política y la autogestión económica y social son principios insoslayables de las organizaciones rurales, particularmente en el país del “ogro filantrópico”.

Que el campo se puede reactivar organizada-mente quedó claro en los últimos meses, en que un centenar agrupaciones rurales, que en su mayoría habían sido reducidas a la gestión poquitera de recursos y a la desgastante resistencia, construyeron conjuntamente un proyecto de salvación del campo y armaron una amplia convergencia: el Movimiento Campesino Plan de Ayala Siglo XXI, que pactó con López Obrador el apoyo a su candidatura si éste asumía su programa agrario.

El pacto se firmó y las organizaciones se coordinaron regionalmente para formar comités pro AMLO que llamaron a sufragar, cuidaron casillas y vigilaron el recuento de los votos. Fueron miles los que en el agro se activaron y en alguna medida su esfuerzo coadyuvó a que esta vez el llamado voto verde fuera abrumadoramente para López Obrador y no, como en el pasado, para los candidatos del PRI.

El Movimiento persiste y se ha seguido reuniendo regionalmente. Pero hoy la tarea es otra y más difícil. Ya no se trata de ayudar a ganar una elección, ni tampoco de regresar a la gestión de recursos esperando que ahora los flamantes obradoristas tengan derecho de picaporte con los funcionarios y la derrama sea más generosa, pues apoyaron electoralmente al nuevo gobierno. De lo que se trata es de reorientar

las estrategias campesinas hacia planes de organización y desarrollo productivo integrales, ambiciosos y realmente visionarios; proyectos que en vez de consumir vanamente los recursos sociales y públicos, los multipliquen...

Un nuevo príncipe

Gobierno de cambio y renovada organización social son indispensables para rescatar a la nación de la decadencia. Pero no son suficientes, hacen falta también partidos; organismos políticos que medien entre los intereses particulares de la sociedad organizada gremialmente y la perspectiva general y nacional que le corresponde al gobierno. Porque las prioridades de los gremios y las del gobierno son de distinto orden: los primeros gestionan cuestiones parciales y el segundo gestiona el conjunto de la nación. Y cuando no hay mediaciones políticas entre Estado y sociedad, la confrontación es mutuamente desgastante: una dialéctica de reclamos-concesiones cuyo balance depende de la siempre cambiante correlación de fuerzas y que inevitablemente propicia reflejos clientelares (“maicear” para controlar) y corporativos (hacer política directamente desde los gremios).

La mediación entre el Estado y la sociedad organizada por sectores son los partidos, que insertos en la organización y las luchas parciales y locales, tienen también un proyecto de país; una visión nacional y estratégica que les permite fusionar lo particular y

lo general. Su ámbito natural es el poder legislativo, pero ciertamente no es el único.

Y si en México hay que refundar el Estado colapsado y reorganizar a la sociedad deshilvanada, de plano hay que inventar a los partidos, pues los viejos institutos desde hace rato no lo eran y además después del primero de julio entraron en crisis. Alguno quizá terminal.

Está *Morena*, claro, un portentoso organismo ciudadano que en menos de cuatro años acabaló más de dos millones y medio de militantes y ganó de calle la elección. Pero aunque se llame partido-movimiento, hoy *Morena* es un partido electoral y no de lucha social. Y si bien en el próximo Congreso posiblemente se acordará darle continuidad a los mandos, sin duda el organismo ha entrado en terrenos inciertos. Por una parte está el hecho de que muchos de sus cuadros se están volcando a la función pública, pero lo más desafiante es que *Morena* tiene que redefinir su papel y encontrar su lugar en el nuevo escenario.

Pienso que después de las elecciones el lugar de *Morena* es —ahora sí— volverse movimiento sin dejar de ser partido. Incorporarse decididamente a la lucha social, no para jalar votos ni para vigilar desde abajo que el gobierno no se desvíe, sino ayudando a las ingentes tareas de organización, movilización y también vigilancia crítica que supone el cambio de ruta. Porque en la perspectiva de su política sindical, de su política campesina, de su política estudiantil... los partidos pueden y deben participar en los gremios,

que es lo que les permite ser mediadores entre la sociedad y el Estado.

¿Podrá *Morena*? Si en menos de cuatro años ese partido pudo construirse como maquinaria electoral y ganar las elecciones de julio, creo que también podrá con el nuevo desafío. Pero ahora tendrá que ser sin López Obrador. Lo que es muy bueno.

Indispensable para la regeneración, no de la Italia del siglo XVI sino del México del siglo XXI, nuestro “príncipe nuevo” comenzó a surgir hace unos quince años. Primero fue maquiavelano: un líder carismático como lo demandaba la estrategia electoral. Pero ahora que aquel príncipe gobierna, el nuevo príncipe deberá ser estrictamente gramsciano: una instancia colectiva de nuevo tipo a la vez parlamentaria y extraparlamentaria: un partido-movimiento... Habrá que verlo.

TREN MAYA

“El tren que corría por el ancha vía”

No podemos confrontar el integrismo neoliberal con ideas de otro signo pero igualmente dogmáticas.

Armando Bartra, “Sur. Megaplanes y utopías en la América equinoccial”.

De los 925 mil mexicanas y mexicanos que se informaron de lo que estaba en juego y decidieron participar en la consulta nacional sobre los diez proyectos prioritarios del nuevo gobierno, el 98% votó a favor del Tren Maya, que también en el tuitter fue el más socorrido y el más aprobado, además de que en Campeche, Yucatán, Quintana Roo y Tabasco, estados por donde pasaría el ferrocarril, el porcentaje de aprobación fue aún mayor que el promedio nacional. En contraste ecologistas muy calificados, defensores de los territorios y organizaciones indígenas, se oponen al proyecto, así como al Corredor transistmico, al millón de hectáreas de árboles frutales y maderables, y a la refinería de Dos Bocas en Tabasco.

Se dirá que los cientos de miles que votaron en la consulta de estos planes están mal informados. Es posible. Pero es igualmente posible que los mal informados sean los que se manifiestan en contra, pues entre otras cosas han argumentado que se van a iniciar las obras del Tren Maya el 16 de diciembre sin manifestación de impacto ambiental y sin consulta a los pueblos, cuando desde hace meses el Secretario de Comunicaciones, Jiménez Espriú, ha dicho una y otra vez que lo que arrancará en esa fecha son precisamente los estudios previos, así como los trabajos de la consulta y de la manifestación.

En todo caso, me queda la sensación de que en algunos el “no” es automático, reactivo, aprendido; un reflejo condicionado de rechazo a todo lo que suene a megaproyecto; una inercia discursiva cuya principal debilidad radica en que se sigue razonando como si nada, como si el primero de julio no hubiera ocurrido. No digo que haya que cambiar de convicciones porque empezó la Cuarta Transformación, digo sí que hay que poner los principios en situación. Y la situación sin duda es otra.

Mesoamérica, zona de desastre

El julio votamos por el cambio y también el sur-sureste tiene urgentemente que cambiar. El tsunami migratorio de los últimos días viene de Centroamérica, pero documenta inmejorablemente el drama de Mesoamérica toda; zona de desastre económico y penu-

ria social (siete de cada diez mesoamericanos viven en la pobreza extrema), de la que escapa en estampida la población. Aunque en los últimos años los mexicanos ya no elijen preferentemente irse a Estados Unidos sino a Cancún, a la llamada Riviera Maya y a las grandes ciudades.

Además de gobernantes torpes, autoritarios e ilegítimos en el sureste mexicano y en Centroamérica hay mineras, monocultivos de plantación, turismo predador y otros megaproyectos agresivos. Pero pienso que, en cuanto a su motivación fundamental, la gente del sur profundo no huye del capitalismo, que en esos emprendimientos encarna, más bien marcha hacia el capitalismo nortño. Y para lograrlo va dispuesta a saltar muros, va dispuesta a tomarlo por asalto. La Mesoamérica peregrina no es expulsada por las inversiones, sino por la falta de inversiones incluyentes, redistributivas, adecuadas... Y marcha deslumbrada hacia los odiosos "polos de desarrollo". Lugares que son, sin duda, infiernos sociales, pero donde hay empleo, quizá menos violencia y la ilusión de un futuro mejor que desde hace rato se marchitó en sus lugares de origen.

En México hay que defender enérgicamente los territorios rurales, porque ciertamente quienes ahí viven los están perdiendo. Pero se están perdiendo no sólo, ni principalmente, por la reciente expansión del llamado "extractivismo", sino por la añeja deserción física y espiritual de sus pobladores. Porque cuando menos desde los ochenta del pasado siglo y en el

marco de las políticas neoliberales, la economía campesina perdió dinamismo y, lejos de transformarse y renovarse, inició su decadencia.

Mientras que, a su modo insostenible y predator, la agricultura empresarial orientada a la exportación se dinamizaba e intensificaba, casi toda la pequeña producción de auto abasto o comercial se estancaba y decaía. Y sin proyectos innovadores y creativos que reanimen la esperanza, los campesinos dejan de sembrar y los jóvenes rurales se van.

Sin visión de futuro, el arraigo sostenido solo en el pasado se debilita y la defensa del terruño pierde fuerza, pues en ausencia de opciones promisorias muchos estarán dispuestos a negociar la tierra, demasiados estarán dispuestos a escuchar los cantos de sirena del gran capital. Entonces, la defensa del territorio pasa por el impulso a la apropiación productiva del territorio. Impulso que a su vez demanda inversión.

Transformar para preservar

La esperanza se construye, entre otras cosas, con inversión; palanca económica que en México es raquítica: en nuestro país la formación de capital ha sido en promedio de 3% anual en los pasados tres lustros, y de sólo 1% en el último, cuando en los países asiáticos es de 10%. En los cuatro sexenios recientes la inversión total en el país fue de sólo 2% en promedio anual, aunque en el de Peña Nieto fue de únicamente 1%, pues la pública disminuyó 5.7 %. Un desastre.

Hace falta, pues, inversión pública, social y privada. No la de los capitales rapaces que desarrollan polos de negocios social y ambientalmente predadores, sino una inversión virtuosa, una inversión social, ambiental y económicamente sostenible.

Los profetas del no, que en nombre de los pueblos se oponen siempre a las grandes inversiones públicas porque presuntamente pasan por sobre derechos ancestrales, debieran considerar que también la falta de inversión pública violenta los derechos a una vida buena. Es verdad que algunos opositores sólo exigen que se consulte a los posibles afectados o beneficiados, cosa que también demandamos quienes no nos oponemos por principio. La diferencia está en que ellos quieren que se les pregunte a los pueblos, no para que en caso de que se realicen los proyectos cuenten con la anuencia y participación entusiasta de la gente de su entorno, sino con la esperanza de que los consultados dirán no... Y si algunos aceptan es que fueron engañados y manipulados etc, etc.

Invertir en el sureste

El desarrollo que hará habitable el sur requiere inversiones, pero no vendrá necesariamente de inversiones territorialmente concentradas. Si tenemos presente que la marea migrante, siendo multicausal, ha sido disparada en parte por la caída del café, del que en Centroamérica dependen directamente un millón y medio de personas, nos resultará evidente que una

tarea inmediata y urgente es salvar a la caficultura de la región y en especial a la caficultura campesina. Lo que demanda innumerables inversiones y acciones de pequeña o muy pequeña escala, dirigidas a cientos de miles de productores dispersos en extensos territorios cafetaleros.

Dirigido no sólo al café, sino también al cacao, la pimienta, la canela y los maderables, ésta es la visión del proyecto Sembrando Vida, que pronto echará a andar la entrante administración y que algunos critican con fervor.

El Tren Maya puede empujar en la misma dirección. Pero para ponerlo en contexto hay que tener en cuenta algunas cosas:

En primer lugar que el turismo es una actividad de creciente importancia económica para México, pero el que tenemos es predominantemente un turismo de playa excluyente y predador como el del llamado Caribe Mexicano. Es pertinente entonces explorar otros destinos, que en una península de extraordinario patrimonio biocultural como la yucateca, son evidentes.

Además, el proyecto sería una excelente oportunidad para las pequeñas y medianas empresas de turismo alternativo de las que en la región hay muchas. Porque gran parte de los visitantes nacionales o internacionales interesados en la naturaleza y la cultura, buscan también servicios turísticos con calor humano y no presurizados y sanitizados hoteles de cinco estrellas.

Por otra parte, los ferrocarriles son la mejor opción para el transporte de personas y mercancías, pero

en nuestro país fueron desmantelados, incluido el del sureste, y la gente mayor los recuerda con nostalgia.

Adicionalmente hay que considerar que la ruta que seguiría el Tren Maya ya existe, de modo que el daño y las expropiaciones serían mínimas si no es que nulas. Al respecto importa también decir que una carretera transitada día y noche por transporte pesado, como las que ya hay en la selva, rompe el hábitat de los animales silvestres, cuyas poblaciones quedan separadas. Lo que no hace la vía de un ferrocarril que pasa de vez en cuando: el jaguar que por algún mal de amores quisiera suicidarse, tendría que esperar horas y horas a que pasara el Tren Maya...

Hay riesgos, naturalmente, y un desarrollo turístico desordenado puede tener terribles impactos ambientales, culturales y sociales. De modo que además de concertar con la gente y propiciar la más amplia participación social, sería necesario establecer reglas y controles claros. Pero a mi juicio los pros son mayores que los contras.

Releyendo lo hasta aquí escrito me fue entrando la terrible duda de si no me convertí ya en lo que odiaba cuando tenía veinte años. De si no estoy viendo hoy con buenos ojos lo que hace un par de décadas, en los tiempos del malhadado Plan Puebla Panamá, de Vicente Fox, criticaba con vehemencia.

Para ratificar o rectificar mi desazón releí el ensayo de mi autoría titulado “Sur. Megaplanes y utopías en la América equinoccial”, del libro *Mesoamérica. Los ríos profundos. Alternativas plebeyas al Plan*

Puebla Panamá, publicado en 2001. Y para mi tranquilidad de consciencia encontré en sus páginas las mismas convicciones que hoy me mueven y los mismos argumentos que hoy esgrimo. La diferencia, que no es poca, radica en que a Fox había que confrontarlo y a Obrador es posible acompañarlo.

Reproduzco aquí, algunos fragmentos de “*Sur...*”, porque creo que siguen siendo válidos.

El éxodo hacia el norte derivado de la insuficiencia de inversión y empleo, evidencia que sin duda que la región necesita desarrollo... Y debemos asumir que la inversión es necesaria para el desarrollo, pero no suficiente, de modo que atraer capital a como dé lugar, solapando su vocación predatoria, no genera bienestar social sino todo lo contrario.

Ni el gasto público social y en infraestructura, ni los proyectos con dinero de la banca multilateral, ni las inversiones privadas, son por principio indeseables. Al contrario, deben incrementarse, pero siempre vinculados con políticas de fomento al sector social de la producción, tanto familiar como asociativo. [Es necesario] usar la nueva infraestructura como mecanismo de inclusión [además de] diseñarla con participación social informada y ejecutarla con transparencia.

Algunos párrafos escritos hace dos décadas parecen dirigirse a las propuestas recientes de López Obrador:

Sostienen algunos que el plan con maña de los megaproyectos del sur es frenar el éxodo a los EU, mediante corredores transversales. De ser así, debo decir que por fin

coincido en algo con estas intenciones. Porque, efectivamente, hay que detener las compulsiones migratorias de los sirianos; afán que desgarrar tanto familias como culturas y amenaza con vaciar nuestros países... Pero parar la migración económica compulsiva es restaurar la esperanza en un futuro regional habitable. Y en este futuro habrá producción agrícola, agroindustrial y de servicios; como habrá industria... Lo que no puede haber son condiciones laborales negreras y saqueo de los recursos.

No podemos cuestionar el integrismo neoliberal con ideas de otro signo pero igualmente dogmáticas.

“SEMBRANDO VIDA”

Los árboles de López Obrador

El programa Sembrando Vida trabajará en atender dos de las problemáticas más fuertes que existen en el campo: la pobreza rural y la degradación ambiental.

#SembrandoVida

“Lo tengo visto; las caobas crecen más rápido de lo que dicen los agrónomos”, sostiene convencido Andrés Manuel.

Hace algunos años, mientras volábamos rumbo a Oaxaca para presentar uno de sus libros, el hoy presidente electo me contaba que en el ranchito que le dejaron sus padres, que como todos saben, lleva por nombre La Chingada y está por el rumbo de Palenque, hace tiempo plantó unas caobas y unos cedros. Y en las escapadas que de vez en cuando se da por su propiedad se ha dado cuenta de que los arbolitos crecen más rápido que lo que sostienen los técnicos.

“Habría que sembrar más caobas y cedros para reponer los que por siglos se cortaron. Son una inversión para el futuro y una herencia que se les deja a los hijos.” Reflexionaba Andrés Manuel con sabiduría de ranchero.

Hace unos días, invitado a la presentación de *Sembrando Vida: programa de comunidades sustentables*, diseñado por la nueva Secretaría de Bienestar, les recordaba a los asistentes y al futuro presidente que nos acompañaba, que por culpa de los 30 millones de mexicanas y mexicanos que el primero de julio pasado votaron por él, Andrés Manuel ya no podrá observar desde la hamaca cómo crece el par de caobas de su rancho. Pero en cambio podrá ver que se siembre un millón de hectáreas con árboles frutales y maderables. Pues en eso consiste el programa que presentábamos. Vaya lo uno por lo otro.

Bosques naturales y reforestación

Las vertiginosas megaplantaciones de eucaliptos agotando las tierras, sorbiendo las aguas y desplazando a los campesinos del sureste, no son más que un espantajo inventado por quienes ya tienen puesto su numerito crítico y lo repiten una y otra vez sin tomarse la molestia de enterarse de lo que hablan. Porque lo único cierto es que son un millón de hectáreas, pero como dijo ese día el futuro presidente: “De eucaliptos, ni hablar”.

Dije en el evento —y repito ahora— que si queremos realmente proteger los bosques y selvas que hoy seguimos talando y quemando a un ritmo de 160 mil hectáreas por año, lo primero es preservar los que aún tenemos. Y las comunidades campesinas e indígenas, que son las dueñas de la mayor parte

de nuestros bosques, los defenderán con más ganas si pueden vivir dignamente de aprovecharlos de manera sustentable. Porque un bosque protegido y sano es un bosque cultivado.

Que conservar y aprovechar es posible, lo demuestran, por ejemplo, los Programas de Desarrollo Forestal Comunitario de Oaxaca, en los que se combinan virtuosamente objetivos ambientales y sociales. Apoyar e impulsar estas prácticas, será tarea de los nuevos responsables de Semarnat, Sagarpa (ahora Sader) y Conafor.

No se puede plantar una selva forestal, no se puede recrear un bosque mesófilo. Por eso hay que conservar y manejar adecuadamente los que aún tenemos. Pero ya hemos talado irresponsablemente muchas de nuestras superficies arbóreas, con la consiguiente degradación de los suelos. Y este daño puede revertirse parcialmente reforestando. Ante todo reforestando el sureste a través de una acción combinada de campesinos y sector público como la que plantea el programa *Sembrando Vida* de la Secretaría de Bienestar.

En la presentación del proyecto, las grandes cifras y la necesaria simplificación pueden conducir a una lectura equivocada que —me consta— sus responsables no comparten. No se trata de convocar a 400 mil campesinos sin empleo ni ingreso y canalizarlos a reforestar un millón de hectáreas degradadas mediante un pago de cinco mil pesos mensuales en un proceso técnica y socialmente acompañado en el que se irán formado cooperativas.

Todos sabemos que la realidad del agro es infinitamente más compleja. El ingreso insuficiente y la degradación del medio ambiente son fenómenos reales y preocupantes, pero hay que ubicarlos en el contexto de múltiples y diversos entramados productivos que bien que mal sostienen a las familias. Aun en medio de la degradación ambiental y de la pobreza, los campesinos trabajan, producen y están organizados en núcleos domésticos, comunidades y, a veces, en asociaciones regionales o sectoriales. Los campesinos no están sentados esperando el programa y sus cinco mil pesos mensuales. Pero sin duda lo necesitan. Lo necesitan con urgencia.

Y es que en el sureste tenemos dos cultivos campesinos fundamentales para el país: las milpas y los cafetales. Milpas de las que proviene nuestro principal alimento y huertas de las que proviene la principal materia prima cosechada por pequeños productores. Dos actividades de las que depende directamente el sustento de más de tres millones de familias, la mayoría pobres. Dos aprovechamientos que enfrentan dificultades, tanto socioeconómicas como agroecológicas, cuya superación depende en parte de que se siembren arbolitos.

Milpas arboladas

Ancestral, identitaria y clave para el autoconsumo campesino, la antes itinerante milpa del sureste se sedentarizó, estableciéndose por lo general en terrenos

de mucha pendiente que sembrados año tras año y por el sistema de roza, tumba y quema no sólo pierden fertilidad, también pierden suelo arrastrado por el agua y el viento. “A las milpas les nacen piedras”, dicen los campesinos... Y en las piedras ya no se puede sembrar.

El problema tiene remedio: basta con establecer las filas de maíz en curvas a nivel e intercalar entre ellas árboles frutales cuyas raíces amarran el suelo y cuyas hojas lo abonan. El sistema se llama Milpa Intercalada con Árboles Frutales (MIAF) y ha sido probado con éxito en Oaxaca y Chiapas por familias campesinas que han mejorado su vida, pues además de maíz, frijol, jitomate y chile ahora tienen fruta que mejora su dieta y cuyos sobrantes pueden comercializar.

La dificultad está en que el sistema requiere algún aprendizaje, además de que los arbolitos son costosos, y tardan dos o tres años en ensayar. Razones por las que el MIAF se ha venido extendiendo muy lentamente.

Pero ahora estará *Sembrando Vida*, que tiene como una de sus principales líneas de trabajo la introducción de frutales en las milpas campesinas; lo que incluye acompañamiento técnico, recursos para hacer viveros y apoyo con jornales en el período de transición. Y con ello sin duda se expandirá rápidamente el MIAF.

Diversificar aún más un policultivo ancestral de por sí diversificado y hacer sustentables milpas que ya no lo eran, no sólo fortalece la soberanía alimentaria

empezando por las familias campesinas, sino que genera empleo, aumenta el ingreso en especie y dinero y mejora la calidad de vida de algunos de los mexicanos más pobres. Y además es reforestación. Que más se le puede pedir a un programa público.

Renovar cafetales biodiversos

Otro sector vital es el del café: cerca de medio millón de familias con huertas promedio de una hectárea y varios millones de jornaleros que los ayudan a cosechar, trabajadores del cafetal que juntos producen y exportan un grano aromático de gran calidad. Y una parte de este café es orgánico, es decir cultivado sin agroquímicos en plantaciones de montaña que además son de sombra, de modo que en ellas se entrecruzan cafetos con árboles frutales y maderables. Admirables “jardines de café” que infiltran el agua de lluvia, evitan deslaves, preservan la biodiversidad y le dan vida económica a regiones enteras.

Pero vino el cambio climático y una vieja plaga, el hongo de la roya, se envalentonó tumbando hasta dos tercios de las cosechas. Golpeados por las pérdidas algunos pensaron en abandonar el cafetal, o aun en cambiar el uso del suelo a ganadería o cultivos anuales. Lo que sería ambientalmente catastrófico.

También este problema tiene remedio, pero hace falta mejorar el manejo de las huertas y renovarlas con variedades de café más resistentes a la roya. Rejuvenecimiento problemático, pues transnacionales como

la Nestlé quisieran que se replantaran, no variedades arábigas sino robustas, ciertamente más resistentes pero de menor calidad, y que ellas emplean para fabricar café soluble.

Resistir la presión de las trasnacionales y el actual gobierno, encontrar variedades que sean resistentes al hongo y a la vez produzcan un café que dé calidad en taza, cultivar las nuevas plantas en viveros y una vez crecidas trasladarlas a las huertas donde también habrá que renovar los árboles de sombra, es una tarea enorme que se complica cuando, como sucede con frecuencia, los precios internacionales del grano aromático caen estrepitosamente.

La recuperación de la vital caficultura mexicana es tarea de la nueva Sagarpa, pero en el tema de la renovación de las huertas, los arbolitos de *Sembrando Vida*, que en su línea de agroforestería incluye destacadamente al café, serán providenciales. Esto siempre y cuando los planes se flexibilicen, pues se ha anunciado que en 2019 el programa sólo trabajará en cuatro estados del sureste: Chiapas, Veracruz, Tabasco y Campeche, y dentro de la misma región es muy importante apoyar también la renovación de huertas en Oaxaca y Guerrero. Otra virtud de *Sembrando Vida* es que incluye apoyo para jornales, muy necesario mientras en las huertas renovadas se recupera el anterior nivel de producción.

Otras plantaciones

El programa de la nueva Secretaría de Bienestar no se queda en la milpa y el cafetal, incluye también el impulso a otros sistemas agroforestales en donde los árboles maderables y frutales se combinarán con el cultivo de materias primas en las que México tiene potencial pero que no han contado con apoyo, como el cacao, la canela, la pimienta...

El modelo me parece plausible porque, más allá del convencional costo beneficio, toma en cuenta la seguridad en el largo plazo y la distribución en el tiempo del esfuerzo y el ingreso, factores que son fundamentales en la planeación campesina. Así el programa incluye cultivos anuales que en el corto plazo proporcionan ingresos en especie y dinero, huertas de frutales con aportes de mediano plazo y plantaciones de árboles maderables cuyos beneficios son de largo plazo. Además de que incorpora la capacitación y el fortalecimiento organizativo.

Nada que ver con la invasión de eucaliptos que anuncian los críticos y mucho que ver con el auténtico interés de Andrés Manuel por las caobas y los cedros.

Aunque también se trasluce en *Sembrando Vida* la pasión de su director técnico por el *cacauatl*, del que — me dice — somos país de origen pero al que hemos abandonado. Hugo Chávez, que así se llama, es doctor en Desarrollo Rural, pero ha establecido en su natal Tabasco una pequeña huerta de cacao, recuperando las variedades endémicas que se están perdiendo

y produciendo una semilla de alta calidad que, con un grupo de amigos a los que convenció de cultivar buen cacao, exporta a Europa.

Y sin duda está presente en el programa la profunda identificación con el campo y los campesinos de la futura Secretaría de Bienestar Social, María Luisa Albores, quien hace apenas unos meses, en Cuetzalan, donde vive, me presumía el maíz que jiloteaba en su milpa y me mostraba los cafetos que tiene a lado de su casa.

Con gente así ¿cómo no va uno a creer en el nuevo gobierno?

¿HUERTAS O TRASNACIONALES?

Los caficultores, la Nestlé y el nuevo gobierno

Por un lado entra esta empresa y por otro nos recortan el presupuesto. La gran interrogante es: ¿qué quiere hacer el gobierno federal de la caficultura mexicana?

Cirilo Elotlán. Consejo Regional de Café de Coatepec.

Cuetzalan nos recibió con lluvia, a pesar de que estamos en secas. “Es el cambio climático”, dijo alguno. Y sí, es el cambio climático. Mudanza meteorológica omnipresente e irrefrenable que no sólo remojó el Foro Nacional Cafetalero realizado el pasado 28 de abril en la sede de la Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske, también está detrás de uno de los temas que cruzó todas las intervenciones de los participantes: el hongo de la roya, que en su forma más agresiva es favorecido por la nueva distribución de las lluvias y que en los últimos años ha tumbado la producción cafetalera mexicana.

La súper roya

Los caficultores están alarmados porque su situación —que de por sí no era buena— ahora ha empeorado

dado que la plaga reduce dramáticamente los volúmenes cosechados y una de las formas de enfrentarla es renovar las huertas cambiando las variedades de cafetos, pero como estos tardan un par de años en ensayar y más para alcanzar su máximo rendimiento, la combinación del hongo y la renovación ha ocasionado un severo desplome en la caficultura mexicana.

A lo que se añade una reducción de la calidad, porque las mayores temperaturas aceleran la maduración del fruto, que para lograr la excelencia debiera ser lenta. Este año la producción se recuperó bastante, pero ahora que hay grano se cayeron dramáticamente los precios a menos de cien dólares el quintal. Si no es lo uno es lo otro.

Y los programas de gobierno que debieran servir para hacer frente a la situación resultaron insuficientes e inadecuados. De modo que, como siempre, las iniciativas más prometedoras han sido las que se originan e impulsan desde las organizaciones de productores. Sin embargo, lo que ellas pueden hacer no basta, las políticas públicas son indispensables para recuperar y fortalecer al sector de la producción agropecuaria que, después del maíz, más familias involucra: alrededor de 500 mil caficultores que además emplean a millones de jornaleros para levantar la cosecha.

El desfondamiento de la caficultura mexicana sería un desastre social de grandes proporciones. Pero, además, la desertión de quienes cultivan el grano aromático y la conversión de los cafetales biodi-

versos en milpas o potreros, ocasionaría un desastre medioambiental de proporciones aún mayores, pues en las laderas boscosas donde están hoy las huertas, estos usos del suelo son insostenibles dado que reducen la infiltración de las aguas pluviales, no retienen suelos y con ello favorecen la erosión hídrica, los deslaves, el azolve de los ríos y las inundaciones de las partes bajas. Una verdadera catástrofe.

Lo que escucharon los futuros funcionarios

Por todo ello, los caficultores organizados están muy interesados en que el cambio de gobierno federal que se decidirá este año sea también el arranque de nuevas políticas públicas para el sector y en general para el campo. Y a esta preocupación respondió el Foro Nacional Cafetalero realizado en la Sierra nororiental de Puebla, donde las organizaciones afiliadas a la Coordinadora Nacional de Organizaciones Cafetaleras (CNOC) presentaron sus rigurosos diagnósticos y puntuales propuestas a las personas que Andrés Manuel López Obrador anunció como futuras encargadas de las secretarías de Estado con incumbencias rurales: agricultura, desarrollo social, medio ambiente, pueblos originarios... Esto por considerar que el del *Frente Juntos haremos historia*, es el único candidato que favorecería el cambio verdadero que tanto le urge al agro.

Reproduzco aquí algunos fragmentos de lo que dije en el Foro, dirigiéndome a los caficultores — que

seguramente ya lo saben — pero también a los futuros funcionarios del ramo, que quizá lo ignoran:

“En lo que va del presente siglo la caficultura mexicana está viviendo una profunda crisis que exige un cambio de rumbo. Y los productores organizados han asumiendo el desafío y buscan afanosamente alternativas propicias y transitables.

“De que lo logren dependerá el futuro del aromático mexicano, de cientos de miles de familias que lo cultivan, de varios millones de trabajadores que se emplean en las pizcas, y de muchos más que habitan en zonas cafetaleras y aunque que no lo produzcan ni cosechen están amarrados a los destinos del grano aromático.

“Pero del tipo de transformaciones que se operen dependerá también el panorama socio ambiental de regiones de gran importancia ecológica en las que un cambio generalizado en el uso del suelo acompañado de pérdida de cobertura arbórea, sería una tragedia ecológica de incalculables proporciones.

“Una primera gran mudanza de la caficultura campesina mexicana resultó de la brutal caída de los precios que siguió a la cancelación en 1988 de los acuerdos económicos de la Organización Internacional del Café.

“Enfrentados a la perspectiva de desaparecer, los caficultores organizados buscaron mercados con mejores precios. Y algunos los encontraron en compradores europeos solidarios dispuestos a pagar más y a sostener las cotizaciones, siempre y cuando el aro-

mático tenga calidad, se produzca en cooperativas, se comercialice sin intermediarios y no se empleen agroquímicos sintéticos en su cultivo.

“La conversión al manejo que llaman “orgánico” no fue sencilla pues supone un cambio de cultura agrícola y asociativa que no todos pueden ni quieren dar. Aunque en algunos se facilita porque de por sí no emplean insumos sintéticos, de modo que pasan de cosechar café ‘natural’ a cosechar café orgánico, mediante una simple certificación.

“Aterrizaje suave que a la larga tendrá un costo pues, pese a la conversión, la productividad técnica se mantiene baja. Y en los que sí empleaban algunos insumos comerciales y para certificarse como orgánicos dejan de hacerlo sin compensarlo con otras prácticas, el rendimiento físico incluso disminuye aunque por el sobreprecio aumente el económico.

“Aun así, la de los ochenta del pasado siglo es una verdadera revolución productiva, organizativa y cultural que transforma la vida familiar y comunitaria.

“Desde hace un lustro la caficultura mexicana vive una nueva crisis tanto o más profunda que la de hace treinta años pero que no se origina en el mercado sino en el desplome de la producción por causa del aumento general de la temperatura, la modificación del régimen de lluvias y la plaga de la roya.

“Si en 1989 los precios del grano se redujeron en 50%, ahora fueron las cosechas las que cayeron a la mitad: de 5.1 millones de sacos en 2013-14, a 2.3 millones en 2015-16.

“Y aunque después se recuperaron un poco, en 2017 seguían estando más de un tercio por debajo de las de hace un lustro. Esto sin considerar la disminución de la calidad, resultante de que las altas temperaturas aceleran la maduración del fruto, que debiera ser lenta para lograr el sabor deseado.

“Desajuste que desquicia también la situación del mercado, así como el comportamiento de los actores corporativos y gubernamentales, provocando un corrimiento en la correlación de fuerzas en principio desfavorable a los pequeños productores y sus organizaciones.

“El cambio climático está detrás del presente desaguisado. Pero el comportamiento de la caficultura ya era insatisfactorio desde hace un par de décadas durante las cuales la producción nacional del aromático se había estancado. Y también eran malos los rendimientos, de por sí bajos y pasmados.

“Parte del problema radica en que los caficultores con huertas de menos de dos hectáreas, que son la enorme mayoría, tienen por lo general plantaciones viejas y rudimentariamente atendidas. Lo que incluye a los que se convirtieron a manejo orgánico; que modificaron sus prácticas lo mínimo necesario para obtener la certificación, pero en muchos casos siguen ordeñando huertas casi silvestres. Y estos frágiles cafetales son inmisericordemente golpeadas por la roya.

“Otro peligro son las transnacionales, que se antojan patrocinadoras de la roya pues algunas de las formas de enfrentarla favorecen el modelo que ellas

preconizan: plantaciones a pleno sol menos susceptibles al hongo, en vez de variedades arábicas de cafés robustas de menor calidad y precio adecuados para producir solubles, empleo intensivo de agroquímicos y, en términos generales, apuesta por la cantidad más que por la calidad.

“Como a principios de los noventa del pasado siglo, hoy sobrevivir es cambiar. Muchos no seguirán adelante y migrarán; otros dejarán el café y tumbarán sus huertas; otros más seguirán el rumbo que marcan el gobierno y las transnacionales del sector, en lo que sería una regresión; pero algunos, los más visionarios, decididos y enérgicos encontrarán su propio camino a una nueva caficultura campesina. Camino que supone una verdadera revolución.

“Para el cambio climático y la roya no hay soluciones mágicas ni recetas universales válidas en todas partes. Hay variedades más resistentes que otras pero no inmunes, porque además el hongo muta y otras plagas y enfermedades acechan.

“Pero todo indica que la clave para adaptarse y convivir con factores disruptivos que no remitirán pronto es tener huertas bien puestas y bien manejadas. Lo cual incluye la ubicación; el tipo de suelos; la multiplicación de las variedades de café; la estructura de la plantación: densidad de los cafetos, tipo de árboles de sombra, simbiosis con otras especies útiles; la suficiencia y oportunidad de las labores; la calidad y buen manejo de los insumos biológicos... Y claro, en el resultado también cuentan las buenas prácticas

de cosecha, que debe ser en varias vueltas para pizcar puros frutos maduros; el beneficiado húmedo oportuno; la selección cuidadosa de los granos...

“Una huerta débil y sin vitalidad cae presa de todas las plagas y enfermedades. Una huerta sana y vigorosa también las sufre pero se sobrepone más fácilmente. Ésta es la lección que nos deja la roya, dicen los caficultores.

“Pero nada de esto es posible sin organización. Pobres en lo económico, carentes de servicios avanzados, remontados en las sierras, dueños de huertas pequeñísimas y víctimas de políticas públicas insuficientes, inoportunas, inadecuadas y clientelares los caficultores campesinos e indígenas son sin embargo uno de los sectores más globalizados de nuestra economía y a la vez uno de los más golpeados por los efectos del cambio climático, retos mayúsculos que sólo agrupados podrán enfrentar.

“Y lo harán. Lo harán porque ya lo han hecho. Gracias a la organización sobrevivieron al cataclismo de los primeros noventa y operaron la primera fase de una revolución productiva que hoy tienen que completar. Transformación que incluye la reconversión de la huerta y su mejor manejo, el reordenamiento que esto supone de la diversidad de actividades familiares, la adecuación de las organizaciones de caficultores a los nuevos desafíos...

“Habrá depuración y quizá recambio generacional. No todos los actuales caficultores conservarán sus huertas y no todas las organizaciones que hoy

existen serán capaces de responder a los nuevos retos. Los que queden podrán sentirse orgullosos de que salieron vivos y renovados de una nueva crisis: ¿Te acuerdas de cuando se fue el Inmecafé? ¿Te acuerdas de cuando llegó la súper roya?...”

Esto y mucho más se dijo en el encuentro, pero no fue atendido.

Se nos amargó el café

En Cuetzalan, Puebla, antes en Oaxaca, Oaxaca, después en la Ciudad de México, más tarde en varias reuniones en corto, los caficultores organizados explicaron a los funcionarios en ciernes o ya en el cargo, la importancia de la caficultura, su problemática y las medidas necesarias para enfrentarla. Y tomaron la palabra los pequeños caficultores agrupados en la CNOC, pero también los representantes del conjunto de los productores del grano aromático integrados en la Asociación Mexicana de la Cadena Productiva del Café (Amecafé), la que además incluye a la totalidad de los integrantes de las redes que conforman el sistema-producto: productores, compradores, torrefactores, industrializadores, cafeterías... Y es que el sector es uno de los más articulados, propositivos y avezados en la concertación... Sin embargo hasta ahora la relación entre el nuevo gobierno y la caficultura ha sido de desencuentro, cuando no de confrontación.

Ejemplo dramático del anclaje en el pasado de algunos funcionarios de la 4T, han sido los efusivos

abrazos que le dan a la trasnacional Nestlé, mientras descubijan presupuestalmente a los productores.

Lo he dicho reiteradamente: nuestro grano aromático lo producen principalmente pequeños campesinos (cerca de medio millón), la mayor parte de los cuales son indígenas, quienes con apoyo en las cosechas de unos tres millones de jornaleros cultivan huertas ubicadas casi siempre en zonas pobres y marginadas del sureste, y lo hacen con sistemas de cultivo bajo sombra, biodiversos y en ocasiones “orgánicos”, que tienen plausibles virtudes ambientales. Además, nuestro café es de alta calidad, destinado en gran medida a la exportación y generador de divisas. ¿Qué más necesitan los responsables del nuevo gobierno para convencerse de que apoyar al — sector ahora en severo riesgo —, no sólo es necesario sino que es urgente?

Y sin embargo una Secretaría que hasta cambió de nombre para ponerse a tono con la 4T, le está dando a la caficultura mexicana un tratamiento mucho peor que el que hasta hace poco recibía de la vieja y proverbialmente neoliberal Sagarpa. En el presupuesto de este año, los recursos para el sector café se redujeron en un 60%. Y del apoyo fiscal necesario para compensar una coyuntural caída de los precios internacionales y permitir que se levante una cosecha que se venía recuperado satisfactoriamente de los estragos de la roya, ni sus luces. ¿Qué les pasa?

Mientras tanto se cobija a la Nestlé, que piensa establecer una nueva planta en Veracruz destinada a la producción de cafés solubles. Proyecto para el que

requiere triplicar su acopio de granos de la variedad robusta; un café que no necesita cultivarse bajo sombra, y que es de menor calidad y precio más bajo que los arábigos y de altura, que son los que aquí mayormente se cultivan y le dan identidad al grano aromático mexicano.

Es cierto lo que en defensa de la nueva planta dijo hace unos días el secretario de Agricultura: los cafés robustas son más resistentes a la roya que los arábigos, y en las partes bajas de la sierra no se pueden sembrar cafés de altura. Pero no dice verdad cuando sostiene que por esas razones la demanda incrementada de la Nestlé no afectará a quienes hoy producen cafés suaves y de altura.

¿Cómo no va a afectarlos cuando el cambio climático y la roya los obligan a realizar fuertes inversiones para renovar sus huertas, los ínfimos precios no cubren ni siquiera el costo de cosechar y el “gobierno del cambio verdadero” reduce a menos de la mitad el monto asignado a los programas de apoyo al sector. No hay que ser muy desconfiado para ver en esto un plan con maña. Una maniobra para que cientos de miles de caficultores mexicanos hoy productores de cafés suaves, arábigos y de altura renueven sus huertas con robustas y se enganchen a la Nestlé, empresa que como único comprador fijaría arbitrariamente los precios.

Lo dijo Cirilo Elotlán, del Consejo Regional de Café de Coatepec: “Por un lado entra esta empresa y por otro nos recortan el presupuesto. La gran interro-

gante es: ¿qué quiere hacer el gobierno federal de la caficultura mexicana?"

Que quede claro: no estoy pidiendo que se vaya la Nestlé; demando, sí, que se apoye decididamente a los caficultores.

PRESUPUESTO DE EGRESOS DE LA FEDERACIÓN

Los dineros de la 4T

Antes la aprobación era unánime porque era la repartidera del presupuesto... Se autorizaban obras en donde les daban moches... Ahora ya no va a ser así. No voy a ser rehén de nadie.

Andrés Manuel López Obrador

López Obrador asumió la Presidencia de la República el primero de diciembre de 2019 y en menos de cincuenta días su gobierno ha venido cumpliendo demandas por las que algunos luchamos durante años, si no es que décadas.

Menciono las más relevantes: liberación de presos políticos; comisión de la verdad para el caso Ayotzinapa; derogación de la reforma educativa de Peña Nieto; cancelación del aeropuerto en Texcoco; combate efectivo a la corrupción empezando por el saqueo de Pemex; aumento sustancial de los salarios mínimos; disminución de sueldos y prestaciones a la alta burocracia; precios de garantía a pequeños

productores de maíz, frijol, arroz, trigo y leche; prohibición de la técnica del *fracking* en la extracción de hidrocarburos; prohibición de las semillas transgénicas; recuperación de nuestra política exterior de autodeterminación de los pueblos, no intervención en los asuntos internos de otros países y solución pacífica y negociada de las controversias...

En cuanto al compromiso mayor: ocuparse ante todo de los pobres, su materialización hay que buscarla en el recientemente aprobado Presupuesto de Egresos de la Federación (PEF); un documento que en lo esencial retoma los proyectos socioeconómicos prioritarios anunciados por AMLO desde la campaña electoral; un plan cuyos ejes son la redistribución del ingreso mediante el gasto social y el impulso a la producción a través programas de fomento y realización de obras de infraestructura.

Los supuestos del Presupuesto

La primera y gran limitación que enfrentó el diseño del plan de gasto público para este año, es que de los 5.8 billones de pesos de ingresos calculados, alrededor de 4.7 estaban previamente asignados al pago de los intereses de la enorme deuda pública, a cubrir las pensiones y jubilaciones, al abultado gasto corriente y a una serie de inversiones ya comprometidas e ineludibles, de modo que en términos reales sólo se podía disponer de cerca de un billón de pesos.

De estos, a la postre más de la mitad, alrededor de 600 mil millones, se asignaron a 18 proyectos prio-

ritarios del gobierno federal. Lo que significa que si bien la de 2019 no fue, ni podía ser, una programación base cero —de borrón y cuenta nueva— lo cierto es que pese a las limitaciones, compromisos y presiones que pesaron en su diseño final, el PEF para este año no resultó uno más de los acostumbrados presupuestos inerciales que se limitaban a mantener las tendencias y proporciones previas, sino que constituye un notable viraje y responde sustancialmente al proyecto de López Obrador.

El de 2019 es, como dijo el Secretario de Hacienda, Carlos Urzúa, un presupuesto “conservador”. Un plan de gasto prudente que mantiene la llamada “disciplina macroeconómica”: superávit primario (el mayor de la última década) y baja inflación (la menor de los últimos tres años), lo que “tranquiliza los mercados”; y que incrementa notablemente el gasto social gracias a la reducción del costo operativo del gobierno y sin aumentar los impuestos, lo que “tranquiliza a los empresarios”.

Porque el narco no es el único avispero que no conviene golpear. Y en el despegue de la Cuarta Transformación lo más importante era evitar las mil veces anunciadas estampidas y turbulencias, estabilizando la economía. Tránsito terso que se logró: en lo que va del sexenio el peso se aprecia frente al dólar, la bolsa se recupera y los precios no aumentan significativamente.

En los dineros, “primero los pobres”

Del más de medio billón de pesos presupuestados que lleva la firma de López Obrador, pues corresponde directamente a sus prioridades, alrededor de la mitad va a programas sociales que moderan inmediatamente las carencias, y la otra mitad a inversiones productivas que al generar ingreso y empleo irán reduciendo la pobreza de manera sostenible.

Los programas sociales más importantes por su extensión y monto son: la *Pensión para adultos mayores*, que amplía su cobertura y se incrementa; *Jóvenes construyendo el futuro*, que ofrece aprendizaje y sueldo por un año a quienes buscan empleo; la *Beca universal para estudiantes* de educación media y superior; los apoyos mensuales a los participantes en el programa forestal *Sembrando Vida*; los bienes de consumo básico subsidiados incluidos en *Abasto social de leche*, operado por Liconsa, y *Abasto rural*, a cargo de Diconsa; las cien nuevas escuelas superiores del programa *Universidades para el bienestar* Benito Juárez García, entre otros.

Algunos de los programas productivos más importantes son de infraestructura, como las obras aeroportuarias en el AICM y Santa Lucía; el *Tren Maya*; el *Corredor Transístmico*; la nueva refinería en Dos Bocas, Tabasco, y la regeneración de las existentes; las carreteras y caminos de ingreso a las cabeceras municipales, entre otros.

Son igualmente productivos programas de fomento agrícola como los *Precios de garantía* a peque-

ños productores de básicos, la plantación de un millón de hectáreas de árboles maderables y frutales del programa *Sembrando Vida*, y también la reducción del IVA y de los precios de los combustibles en la franja fronteriza con EU.

Presupuesto o botín

No fue fácil. Como siempre a la hora de la negociación, esta vez también se apersonaron en San Lázaro presidentes municipales ansiosos, gobernadores en bancarrota demandando rescate y organizaciones priístas como Antorcha Campesina, habituadas al chantaje y que para la ocasión movilizaron a cerca de 17 mil acarreados. Grupos de presión que año tras año van a reclamar lo suyo: cuotas asignadas discrecionalmente con las que los gobernantes federales en turno compraban respaldo político. Tristemente famoso es el Ramo 23 cabildeado por diputados, alcaldes y gobernadores, que incluía los ignominiosos “moches” del 15%, y que servía para “planchar” la aprobación unánime del presupuesto, una vez que todos habían sido debidamente “maiceados”. Ahí entraban las organizaciones campesinas, que se disputaban alrededor de 500 millones de pesos.

Ése era el juego. Y tenías que jugarlo si no querías quedar descobijado. De modo que por San Lázaro desfilaban también gremios y organizaciones sociales respetables que ahí trataban de reivindicar los legítimos intereses de sus sectores.

Parte de la 4T es que esta vez las cosas fueron de otra manera. Ciertamente se hicieron en San Lázaro algunas ampliaciones pertinentes, como las que se aseguraron de mantener el nivel de recursos destinados a las instituciones públicas de educación superior. Pero lo sustancial de las asignaciones se mantuvo. Y finalmente el presupuesto se aprobó... pero con el voto en contra de la oposición. “Antes la aprobación era unánime —dijo López Obrador— porque era la repartidera del presupuesto... Se autorizaban obras en donde les daban moches... Ahora ya no va a ser así... No voy a ser rehén de nadie”.

Jalando la cobijita

Una lectura distinta ameritan los reclamos de sectores de la sociedad que vieron afectada presupuestalmente el área en que se ocupan. Artistas, científicos, ambientalistas... demandaron airadamente que el presupuesto asignado a sus ámbitos —sin duda estratégicos y prioritarios— aumentara, o cuando menos se mantuviera.

Y está bien que los gremios procuren los dineros públicos que estos necesitan para proyectarse. Pero hay algo de torpe en esto de jalar la cobijita cada quien para su santo, cuando todos sabemos que los dineros públicos son escasos y que cobijar adecuadamente a unos significa inevitablemente descobijar a otros.

Me hubiera gustado que en estos gremios, por lo demás muy respetables, algunos integrantes se hu-

bieran preguntado: ¿Ese dinero que no nos dieron a nosotros... a quién se lo van a dar? ¿Y si nos lo dan a nosotros... a quién se lo quitan? Preguntas incómodas porque si sabiendo las respuestas —es decir que los ajustes se hicieron básicamente para que financiar los apoyos a los jóvenes, los viejos y el campo (no a la Sader, que perdió, pero sí al agro)— se persistiera en reivindicar lo propio sin más consideraciones, se estaría peligrosamente cerca de las posturas de quienes reclaman indignados que López Obrador “le esté regalando el dinero público a los *ninís* y a los viejitos, en vez de dárnoslo a los que sí trabajamos”.

¿Y la Sader, en qué va a gastar?

Para no caer en el penoso paramisantismo, yo —que sin duda tengo predilección por el campo— no voy a criticar la reducción presupuestal que sufrió la Sader. Entre otras cosas, porque entiendo que también es para fomento agropecuario lo que se destina a *Sembrando Vida*, que está en la Secretaría del Bienestar, y que igualmente fomenta la producción rural la parte destinada al campo del presupuesto de *Jóvenes construyendo el futuro*, que opera la Secretaría del Trabajo.

En cambio, lo que no me acaba de gustar es la distribución de los dineros de la Secretaría. Y es que mientras que el 60% —de la parte realmente programable del Presupuesto Federal total— se le asignó a los proyectos prioritarios comprometidos por López Obrador, en cambio, de los 57 mil millones programa-

dos inicialmente a la Sader, la Secretaría sólo asignó el 47% a proyectos prioritarios. Sesgo que se agravó cuando en la Cámara se le incrementaron los recursos, pues del presupuesto definitivo sólo el 41% va dirigido a proyectos prioritarios, 30% menos que el promedio general.

Resumiendo: en la distribución de los dineros de que dispone la Sader para 2019, se diluye el apoyo a pequeños productores a la vez que se robustecen Aserca y Senasica, que benefician principalmente a los empresarios, además de que el secretario celebra a las trasnacionales del ramo. La inevitable conclusión a la que esto nos lleva es que aún no agarran la onda, que hasta ahora la Sader no ha hecho suyo al espíritu de la 4T.

APRENDER DE LOS GOBIERNOS PROGRESISTAS DEL CONO SUR

¿Redistribución sin crecimiento?

No nos basta condenar la realidad, queremos transformarla. Tal vez esto nos obligue a reducir nuestro ideal; pero nos enseñará, en todo caso, el único modo de realizarlo.

José Carlos Mariátegui

Hay sólidos elementos para anticipar que los saldos positivos de la vertiente del Presupuesto de Egresos de la Federación 2019 destinada a la redistribución progresiva del ingreso, serán muy pronto tangibles para sus destinatarios. De ser así, el México de la 4T estaría dando un primer paso en el camino que en los primeros tres lustros del siglo XXI recorrieron los llamados “gobiernos progresistas” del Cono Sur de nuestro continente. Resulta pues, pertinente, mirarnos en el espejo sudamericano.

“Revoluciones del bienestar”

Las ocurridas durante más de tres lustros en el subcontinente fueron conversiones post neoliberales a las

que he llamado “revoluciones de bienestar”, porque gracias a un renovado activismo del Estado —respaldado al comienzo por amplios movimientos populares— consiguieron casi de inmediato reducir en alguna medida la desigualdad social y mejorar sensiblemente las condiciones de vida de amplios sectores de la población.

Por unos años, la izquierda gobernante en Venezuela, Brasil, Argentina, Bolivia, Ecuador y Uruguay restableció, con el firme respaldo de sus pueblos, la soberanía nacional antes arrumbada. Y sobre esa base recuperó los recursos naturales que usufructuaban las corporaciones extranjeras, captando así cuantiosas rentas que le permitieron financiar políticas de fomento económico, redistribución del ingreso e inclusión social que sacaron de la extrema carencia a decenas de millones de sudamericanos a quienes el capitalismo había hecho pobres y el neoliberalismo miserables.

Gobiernos nacionalistas, democráticos y justicieros que en lo interno supieron construir correlaciones de fuerzas favorables, pero que además contaron con una coyuntura internacional propicia en que se combinaban el crecimiento económico global que incrementaba la demanda y los precios de las materias primas (petróleo, metales, productos agrícolas), la abundancia de capitales externos dispuestos a invertir en economías periféricas entonces más promisorias que las centrales y la disponibilidad de créditos a bajas tasas de interés. Condiciones que convergieron haciendo posible que por más de una década en la

mayor parte de los países del Cono Sur se combinara la redistribución progresiva del ingreso con la acumulación de capital y el crecimiento económico.

Vientos en contra

Como sabemos, las circunstancias internacionales cambiaron, la bonanza social se moderó (o revirtió) en todos los países de gobiernos progresistas y las derechas —respaldadas a la mala por los gringos— se montaron sobre el descontento de las nuevas clases medias que esperaban más, para de esta manera acosar a los gobiernos de izquierda. Administraciones progresistas que, además, cometieron errores y sobrestimaron los alcances del modelo extractivo para financiar el desarrollo. Hoy los neoliberales gobiernan de nuevo Brasil, Argentina y Ecuador, y Venezuela vive horas difíciles.

¿El sueño ha terminado? De ninguna manera; visto en perspectiva histórica el curso emancipatorio iniciado con el siglo continúa. Ciertamente el proceso no es lineal y estamos en momentos de reflujo. Marea baja que era de esperarse dado que la vía de transformación elegida por las fuerzas libertarias no fue el establecimiento de ininterrumpidas “dictaduras revolucionarias”, como las del siglo XX, sino la fluctuante democracia comicial basada en el pluralismo político.

Pero para marchar exitosamente por este camino es necesario que las ideas libertarias devengan hegemónicas y se mantengan vigentes aun cuando la iz-

quierda pierda circunstancialmente el poder. Sin embargo hoy nos damos cuenta de que en los momentos de ascenso las izquierdas sudamericanas que habían llegado al poder, perdieron pie y no supieron consolidar sus bases gremiales y sus partidos políticos, de tal manera que fueran capaces de resistir los embates de los restauradores. Debilidad grave que está aprovechando una derecha hoy a la ofensiva que además y como era previsible, juega sucio.

Tendremos que ir aprendiendo de la experiencia. Pero sin duda saldremos del bache. Y es que, vista de cerca, la correlación de fuerzas política subcontinental no es tan desfavorable como parece. Venezuela, Bolivia y Uruguay resisten, en Argentina Macri está cada vez más aislado y, si bien el de Bolsonaro y el de Duque son gobiernos de ultraderecha, lo cierto es que en Brasil Lula hubiera podido ganar, y en Colombia Petro estuvo cerca de conseguirlo. Pero lo más relevante es que en México accedimos a la Presidencia con 30 millones de votos, el 53% de los que sufragaron.

Tardadito pero cumplidor

México llega tarde a un proceso que se inició hace dos décadas, cuando Hugo Chávez ganó las elecciones en Venezuela. Y se incorpora al curso emancipatorio en condiciones desventajosas pues no estamos tan arropados por gobiernos hermanos como hubiéramos estado hace unos años, además de que la coyuntura internacional se ha vuelto desfavorable y las palancas

económicas que permitieron a los gobiernos progresistas redistribuir el ingreso y al mismo tiempo crecer, no existen más.

Ciertamente nuestra inserción en el mercado es distinta a la de ellos: las economías del Cono Sur son en mayor o menor medida primario exportadoras de materias primas a veces con algún procesamiento, mientras que México exporta frutas y hortalizas, pero sobre todo automotores y electrónica, lo que nos hace un país maquilador. Pero así como a los sureños los golpeó la caída de los precios de las *commodities*, el menor crecimiento de EU —con quien tenemos el grueso de nuestro comercio exterior— y el agresivo proteccionismo de Trump que busca recuperar su industria automotriz encareciendo los automotores que hoy le exportamos, contrae peligrosamente nuestro principal mercado.

Gasto social e inversión productiva

La dimensión de los desafíos que enfrenta la 4T se expresa en el PEF 2019. Un proyecto cuyas prioridades son el gasto social y la inversión productiva. Pero mientras que las metas de la primera vertiente son significativas y alcanzables: —millones de mexicanos y mexicanas además de mejores servicios de salud y mayores oportunidades educativas, recibirán pensiones, becas, salarios, apoyos, bienes de consumo subsidiados...; —el impacto previsible del gasto productivo es creíble pero muy menor: un crecimiento para

2019 de menos del 2%, que se incrementaría un poco en los próximos años, arrojando para el sexenio un promedio de 2.7%.

Las experiencias del Cono Sur comprueban que la primera tarea de un gobierno de izquierda que llega al poder en un país polarizado y con un pueblo empobrecido, es sin duda reducir la pobreza mediante acciones redistributivas. Tarea insoslayable, justa y, en mayor o menor medida, viable. Pero enseñan también que para que el bienestar sea creciente y sostenible, es necesario crecer. Y que este crecimiento no puede depender de una sola clase de exportaciones, y menos si éstas son materias primas.

Aunque lo proclamen a diario los repetidores de clichés, México no es un país extractivista y nuestra economía está razonablemente diversificada, de modo que no nos va a pasar lo que a Venezuela. Y sin embargo necesitamos crecer.

En el siglo XX nuestra economía se expandió moderadamente entre 1935 y 1954 y a tasas del 6% entre este año y 1974. Es verdad que el resultado fue acumulación privada desmedida; pero también cierta inclusión social en términos de empleo, educación, salud... que fue el saldo favorable del desarrollismo.

Creció nuestra economía desde el cardenismo, y más en la posguerra, crecieron las economías del Cono Sur en el arranque del milenio gracias a los gobiernos de izquierda, y debe crecer el México de la 4T. Nuestra economía, por fortuna diversificada, necesita expandirse, pero ciertamente en otras circunstancias

internacionales y con un modelo diferente. No podemos repetir, tal cual, el paradigma de la sustitución de importaciones que funcionó el siglo pasado, y la primarización que resulta de los vuelcos primario exportadores es —hoy lo sabemos— insostenible y del todo impertinente.

Habrà entonces que hacer camino al andar. Pero, insisto, en cualquier caso la 4T demanda crecimiento. Y la palanca directa de la que disponemos para apropiarlo es la inversión pública. Un gasto gubernamental productivo que en el PEF 2019 de hecho no creció, mientras que sí crecía y significativamente el gasto en bienestar social. Y es que la cobijita no daba para todo.

Recaudación

¿Y de dónde vamos a sacar los recursos que hacen falta? En el Cono Sur se apoyaron en las rentas obtenidas por la puesta en valor de los recursos naturales y en el financiamiento externo. Nosotros no queremos ni podemos hacerlo así. ¿Qué nos queda entonces? Es obvio: aumentar la recaudación fiscal, que en nuestro país es ridículamente pequeña. No sólo acabar con la evasión y la defraudación, también aumentar el impuesto sobre la renta.

Es claro que esta clase de medidas no se anuncian durante las campañas electorales ni se aplican al comienzo, cuando el gobierno debutante se necesita garantizar cierta estabilidad macroeconómica. Pero

consolidado el nuevo régimen, cosa que esperamos ocurrirá pronto, resultarán indispensables.

Mientras tanto, así vamos bien.

“LA GUERRA HA TERMINADO”

Marco estratégico de la Guardia Nacional

La guerra ha terminado... Ya no la estrategia de los operativos para detener capos. Lo que buscamos es que haya seguridad... bajar el número de homicidios, de robos, que no haya secuestros. Esto es lo fundamental...

Andrés Manuel López Obrador

México está atrapado desde hace doce años en una sangrienta pesadilla, de modo que el éxito o el fracaso de la Cuarta Transformación lo medirá su capacidad de poner término al duelo interminable en que vivimos.

Hasta ahora el debate sobre las vías para lograrlo se ha ubicado en la presunta militarización que supone el empleo de fuerzas castrenses en la seguridad pública y la propuesta de conformar una Guardia Nacional. Pero, siendo importante, ése no es el verdadero centro de la cuestión. El dilema de fondo no está en si se recurre o no a los soldados para conformar temporalmente la nueva fuerza policiaca. La disyuntiva radical y estratégica es guerra o paz. Y en esto López Obrador ha sido enfático: “La guerra ha terminado”.

La simplista identificación entre buscar la paz y regresar el Ejército a los cuarteles, la cuestiona, y con razón, Oswaldo Zavala, de la City University of New York: “Para escapar a la violenta inercia de la mentalidad neoliberal, es necesario suspender toda lógica de guerra. Pero esto no se reduce a retirar al Ejército de las calles, como asumen superficialmente quienes critican la Guardia Nacional propuesta por AMLO” (*Del “narco” al “huachicoleo”: crónica de una guerra inventada*, en *Proceso* 2019, 1/27/19).

¿Guerra o paz?

Se militariza un régimen que no enfrenta amenazas bélicas externas, porque quienes mandan estiman que sólo desatando (y ganando) una guerra interna el país será gobernable. La guerra puede tener como enemigo al crimen organizado o a grupos presuntamente subversivos, pero su instrumento es el Ejército y conlleva un “estado de excepción”, un mayor o menor acotamiento de las garantías individuales si no es que una abierta violación de los derechos humanos.

La militarización guerrera que inició Calderón y mantuvo Peña Nieto, se justificó con el argumento de que el narco podía y debía ser derrotado por las armas; erradicado mediante una guerra que — hoy lo sabemos — no sólo es imposible de ganar sino que incrementa la violencia de los cárteles y, con ello, los sufrimientos de la población.

El del narco es un negocio global altamente lucrativo porque las drogas tienen demanda pero son

ilegales. Y en una sociedad de mercado sólo podrá erradicarse legalizando y ordenando su producción y tratando a las adicciones como un problema de salud pública. Enfoque necesario pero de compleja implementación porque el narcotráfico no tiene fronteras y hacen falta acuerdos internacionales para desmantelarlo definitivamente.

Así lo entiende el nuevo gobierno y así lo plantea, entre otros, Juan Ramón de la Fuente, recién nombrado representante de México ante la ONU. “Al narco no se le puede ganar con las armas. ¡Hay que parar esta guerra y hay que pararla ya, porque la vamos perdiendo! Necesitamos estrategias alternativas... La paz en México pasa por la regulación responsable de las drogas, no por la prohibición y la fuerza de las armas, que han traído más violencia y corrupción” (Entrevistado por José Gil Olmos, *Proceso* 2191, 28/10/18). Lo primero es “parar ésta guerra”, dice de la Fuente. Y así lo asume López Obrador: “Oficialmente ya no hay guerra”.

Salvar a los jóvenes: la historia del Chuy

Pero lo segundo es ofrecer opciones de vida no delin cuenciales a los que fueron o pudieran ser capturados por el narco. Esto tiene que ver con los campesinos que siembran marihuana o amapola porque por donde viven es lo único rentable. Y sobre todo con los jóvenes que se enrolan como “halcones”, “camellos”, narcomenudistas o sicarios, porque no encuentran

otras opciones menos mortales pero que sean igualmente seductoras.

Los programas sociales del nuevo gobierno consistentes en apoyos para capacitarse, becas para estudiar, ayudas para establecer huertas de árboles frutales y maderables han sido calificados de asistencialistas. No lo veo así. En cambio pienso que en algunos casos pueden hacer la diferencia entre morir y vivir.

Déjenme que les cuente la historia del Chuy.

— Soy de Michoacán, de un rancho que está por el rumbo de San Felipe, cerquita de Zitácuaro. Pero ya no voy mucho por mi pueblo — me cuenta el del taxi pirata con quien luego platico.

— Ahí tengo a mi mamá Y a veces que le hablo, le digo que pienso ir a visitarla. Pero ¿qué cree? ella me dice que no.

— Mejor no vengas — me dice. Aquí se ha puesto muy feo... Mejor no vengas.

— ¿Te acuerdas del Chuy — me dice luego — El hijo de doña Mati. Uno muy alegre, muy amiguelo. Un muchacho bueno que aunque ya estaba grande se ponía a jugar futbol con los chamaquitos.

— Si — le digo — el Chuy.

— Pues lo mataron.

— ¿Al Chuy?

— Al Chuy.

— La cosa — me dice — es que el Chuy se empezó a juntar con los mañosos. Nos dimos cuenta porque traía dinero. Le disparaba los refrescos a los chiquillos. Invitaba a comer a sus amigos. Hasta andaba de

novio con una muchachita. Luego le empezó a hacer su casa de material a doña Mati. Su mamá no lo podía creer... Pero el pobre ya no la pudo terminar...

—Cómo fue. Digo, lo del Chuy.

—A saber. Un día nos vinieron a avisar que el Chuy estaba tirado en una milpa por lo de don Blas. Don Blas, ¿te acuerdas?, el que tiene su casa por el rumbo de la barranca... Y, sí, ahí estaba tirado el Chuy. Con el pecho reventado por los balazos y sobre de eso todo macheteado de su cara. Lo descubrieron por los Zopilotes... Tan bueno que era el Chuy... Y lo peor es que ya no le pudo acabar su casa a doña Mati.

—Luego de un rato mi mamá me dice:

—No vengas, hijo. Mejor no vengas. Aquí se puso muy feo.

El taxista se quedó callado. Lo vi silencioso, ensimismado, como reconcentrado en el volante. Y pensé: tenemos que salvar al Chuy. A ver cómo le hacemos, pero tenemos que salvar al Chuy. De menos que para eso sirva la mentada Cuarta Transformación.

Cuando escucho de las becas para estudiar, de los apoyos para capacitarse, de las ayudas para plantar arbolitos en huertas que les den vida y esperanza a los jóvenes, de los subsidios al precio del maíz y el frijol para que a los campesinos les valga sembrar. Cuando me dicen de los trenes y otras obras, que con las inversiones que jalen darán empleo a los chavos. Cuando oigo todo eso, pienso en el Chuy.

No crean, también pienso en los peligros del asistencialismo, en los feos daños socio ambientales

que pueden acarrear ciertos megaproyectos desmecatados, en que quizá se inconformen algunos pueblos originarios, en la amenaza que representan las canijas trasnacionales... Claro que me preocupa todo eso. Pero a diferencia de los apocalípticos profetas del “no”, yo creo que son riesgos que hay que correr y que se pueden manejar. En cambio, no hacer nada es dejar que el Chuy siga muriendo y se lo coman los zopilotes.

Y sí a algunos el cuentito les parece tramposo y chantajista. No se apuren, también les puedo dar las frías cifras de la mortandad: en los últimos dos gobiernos acabamos más de 250 mil muertos y alrededor de 60 mil desaparecidos, la mayor parte de ellos jóvenes del campo como el Chuy, quien tuvo la suerte — que no tuvieron otros que quién sabe dónde quedaron — de que su mamá lo pudiera amortajar y enterrar.

No se me escapa que por sí mismos los apoyos, salarios y becas a los jóvenes no compiten con las promesas del narco, que también venden sus corifeos de los medios de esparcimiento: lana de sobra, troca del año y cuerno de chivo; camisas barrocas, poder y hartas viejas... Para no deslumbrarse con las galas de la ilegalidad dorada, los jóvenes necesitan pergeñar planes de vida creativos y motivantes, sueños que compitan con los de la delincuencia, proyectos novedosos y esperanzadores como los que han desarrollado algunas organizaciones campesinas. Proporcionar educación y algunos ingresos no es suficiente. No basta. Pero por algo se empieza. Y es lo que puede hacer el gobierno; lo demás nos toca a nosotros.

No más guerra

Los espectaculares golpes bélicos en los que caen capos y se incautan drogas y arsenales, causan dolorosos daños colaterales y no sirven de nada. Dice el Mayo Zambada, que algo sabe de esto: “Un día decidido entregarme al gobierno para que me fusile. Mi caso debe ser ejemplar, un escarmiento para todos. Me fusilan y estalla la euforia. Pero al cabo de los días vamos sabiendo que nada cambió... Los remplazos de los capos encerrados, muertos o extraditados ya andan por ahí” (Entrevista realizada por Julio Scherrer, *Proceso* 2201, 1/01/19).

Por eso, a la estrategia guerrera de Calderón y Peña Nieto el nuevo gobierno opone la de enfriarle el agua al narco; irlo aislando socialmente mediante un desarrollo incluyente que haga menos seductoras sus promesas. La estrategia bélica para abatir a los cárteles fue una imposición estadounidense que no aceptaremos más. Si Trump quiere que haya guerra contra el narco que la haga en su país, que es donde la droga más se consume. Nosotros ya no queremos seguir siendo los que ponen los muertos.

Pero ponerle fin a la estrategia guerrerista no restablece en automático la seguridad y tranquilidad ciudadanas. Sobre todo cuando los cárteles se han diversificado y territorializado, desplegando actividades delincuenciales que, a diferencia del negocio de las drogas exportables, agreden severamente a la población. Secuestros, cobro de piso, expropiaciones...

exacciones de todo tipo; que van acompañadas de cooptación y corrupción de narco clientelas, reclutamiento forzado, ejecuciones, retenes, balaceras...

Así las cosas, el nuevo gobierno ha desarrollado una estrategia no bélica de pacificación. La tarea explícita y constitucional de la nueva Secretaría de Seguridad Pública y de la previsible Guardia Nacional, no es hacerle la guerra al narco sino garantizar la seguridad y tranquilidad de la población. Lo que pasa por acotar y replegar al crimen organizado, recuperando el control del Estado sobre los territorios ahora cartelizados.

Y entre procurar la seguridad y tranquilidad de la población y tratar de ganar una guerra, hay una diferencia abismal. En una estrategia bélica los soldados irrumpen en un territorio donde suponen que opera o se esconde el enemigo; en su incursión tumban puertas, catean domicilios, secuestran e interrogan violentamente a sospechosos; si tienen suerte, después de una lluvia de fuego a cargo de tanquetas y helicópteros artillados, detienen o matan a un capo... Luego se marchan. Se van dejando a la población indefensa en medio de la batalla campal por sustituir al mando caído y controlar su territorio. En cambio en una estrategia policiaca y de paz, la fuerza pública identifica y combate las violaciones y delitos más lacerantes y recurrentes, interactúa con la población y, sobre todo, se mantiene en los cuadrantes, es decir en los territorios a su cargo.

Por sí mismo, pasar de gestionar la guerra a gestionar la paz conlleva una reducción de los atentados

a la integridad de las personas. Una estrategia bélica de aniquilación de un enemigo que está entreverado con la población civil, va acompañada inevitablemente de violaciones de los derechos humanos, la operen soldados, policías o hermanas de la caridad. En cambio una estrategia de paz y seguridad, reduce en automático las infracciones, aun si la llevan a cabo soldados. Más todavía si han sido previamente capacitados para ello.

Ganarle la guerra al narco es tarea imposible, en cambio es factible recuperar y pacificar paulatinamente los territorios que hoy controlan los cárteles. Factible, pero nada fácil, pues —lo dije antes— la delincuencia organizada ya no sólo lucra con las drogas, también roba combustibles a Pemex y bolsea de diferentes modos a la población.

Entonces, sin que signifique consentirlo, hay que renunciar a la pretensión de acabar con el narco-tráfico y en cambio esforzarse por erradicar o moderar los delitos de alto impacto que las propias bandas cometen; infracciones también lucrativas, pero más expuestas y por tanto más fáciles de combatir que las silenciosas operaciones con estupefacientes.

La Guardia Nacional

“Soy de Tamaulipas —me comentaba hace unos días un amigo— y si a mis paisanos les dices que va a seguir el Ejército viendo lo del narco, ponen mala cara; pero si les dices que los soldados se van a ir, más se

espantan. *Ora* que se les dices que se va a reeducar y capacitar a la Policía Federal para que se haga cargo, de plano se ríen en tu cara. En cambio si les dices que se va a crear una fuerza pública nueva, distinta y con otra orientación, chance y te creen. O cuando menos te dan el beneficio de la duda... Porque las cosas no pueden seguir así... Digo, necesitamos tener alguna esperanza ¿no?"

Para que haya tranquilidad, para que impere de nuevo el Estado de derecho, necesitamos contar con una fuerza pública prudente y respetuosa de la ley pero a la vez suficiente, profesional, calificada y eficaz; una policía que hoy no tenemos, pues la Federal está desmantelada y las estatales y municipales han sido penetradas por los cárteles. Habrá que crearla. Y corre prisa, pues mientras tanto el Ejército sigue patrullando calles y carreteras, y por ello la inercia de la "guerra contra el narco" se mantiene.

Como en el tema del nuevo aeropuerto de la Ciudad de México, en este caso no hay soluciones buenas, sino sólo menos malas. Y la que ha propuesto el nuevo gobierno es transformar en policías a una parte de los soldados del Ejército y la Marina. Una fuerza que ya existe, que tiene entrenamiento, disciplina, mandos, equipamiento e infraestructura... Pero que tiene también una formación militar, por la cual —lo hemos padecido— cuando se le encarga preservar el orden público le da por aniquilar a los delincuentes y violentar a la población civil como lo haría si estuviera en una guerra.

¿Podremos reeducar y formar como guardianes del orden público a los soldados que hoy son policías militares del Ejército y la Marina, empleándolos en ello durante el tiempo necesario para que los policías federales depurados y los nuevos reclutas los suplan?

Algunos dicen que no. Yo creo que sí. Y pienso que en cierto modo será sencillo, pues el primer paso —que era el más difícil— ya se dio: abandonar la estrategia de hacerle la guerra a los cárteles y adoptar la de darle seguridad a la población. Lo que, por cierto, demanda una conducción civil imbuida de una mentalidad policiaca y no bélica, pues no se trata de “ganarle al narco” sino de restablecer la tranquilidad que necesitan los ciudadanos. Que el Mayo esté tranquilo, no porque se le vayan a perdonar sus delitos —que no prescriben—, sino porque lo que busca el nuevo gobierno no es cazarlo a él sino que los sinaloenses puedan vivir en paz... aun con el trasfondo de un estructuralmente persistente narco negocio que durará mientras haya demanda y las drogas sean ilegales.

Desmilitarizar al país no empieza por regresar los soldados a sus cuarteles sino por renunciar a la guerra sin por ello cederle los territorios al narco que hoy los controla. Y esto demanda una estrategia policiaca —y no bélica— que a falta de una solución mejor deberán operar por un tiempo soldados habilitados de policías ¿quién si no?

Que me perdonen quienes de buena fe objetan tajantemente la propuesta de Guardia Nacional, pero en lo esencial la desmilitarización se consuma cuando

se abandona la estrategia bélica. Y ésta ya se abandonó. Lo que sigue es sustituir al Ejército por una nueva Policía. En esto estamos.

HUEXCA EN DOS TIEMPOS

¿La guerra ha comenzado?

Hago un reproche fraterno a las organizaciones que se presentan como de izquierda o radicales. Para mí esto es conservadurismo. Es mantener el status quo, es conservar las cosas igual. Y una realidad se conoce para transformarla.

Andrés Manuel López Obrador

Defendiendo el territorio

Técnicamente irresponsable, económicamente discutible, poco transparente en su adjudicación y socialmente autoritario el Proyecto Integral Morelos (PIM) es un ejemplo inmejorable del tipo de emprendimientos de infraestructura que impulsaban los gobiernos del PRI y el PAN. Y como tal, desde su arranque fue objetado por los expertos y resistido por las comunidades.

El proyecto viene de 2009, pero desde 2011 en que se sabe de él, empiezan las protestas contra la termoeléctrica que se construiría en Huexca, Morelos, y contra el gasoducto que correría por tierras de Tlaxcala, Puebla y Morelos.

En enero de 2012 el Ayuntamiento de Yecapixtla otorga el permiso para la construcción de la planta. De inmediato las comunidades opositoras bloquean el predio. Al poco tiempo son desalojadas por la policía estatal, que le abre paso a las máquinas de la empresa Abengoa, encargada de la construcción.

Ese mismo año se constituye el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra y el Agua de Morelos, Puebla Tlaxcala (FPDTA) y una de sus primeras acciones es la toma de la Presidencia municipal de Janotelco, pues el alcalde se niega a negociar con ellos.

En 2013 se inicia la construcción del ducto que llevará del Río Cuautla a Huexca el agua necesaria para el enfriamiento de la termoeléctrica. Se trata de “agua de retorno” proveniente de la Planta Tratadora de Aguas Residuales de Cuautla, que unos seis mil ejidatarios de Cuautla, Ayala, Tlaltizapán y Tlalquitenango tienen concesionada para riego.

Los agricultores organizados en el Campamento Zapatista en Defensa del Agua del Río Cuautla, paran el ducto en San Gabriel Tepeaca, pero son desalojados. Se instalan después en Apatlaco, de donde también son retirados. Actualmente han establecido su campamento a orillas del Río Cuautla, impidiendo que se terminen los 150 metros de tubería que faltan. “Somos campesinos y queremos seguir siendo campesinos”, es su consigna.

Como parte de la resistencia, se recurrió a amparos judiciales como el que interpusieron cuatro comunidades de Atlixco, Puebla, porque se omitió la debida consulta a los pueblos nahuas afectados.

En seis años de lucha el FPDTA ha sido reiteradamente reprimido. En Puebla, Enedina Rosas y Juan Carlos Flores, detenidos por el gobierno de Moreno Valle, pasan un año en la cárcel. En Morelos el gobernador Graco Ramírez, apresa a Jaime Domínguez, Carmelo de la Torre y otros más, que en pocos días son liberados.

También los expertos han cuestionado severamente el proyecto. El Instituto de Geofísica de la UNAM y el Centro Universitario para la Prevención de Desastres, de la UAP, han señalado reiteradamente que es necesario revisar el trazo y espesor del gasoducto, que pasa por zonas de riesgo volcánico y que incluso pudiera haber sido afectado por el terremoto de 2017.

Otros han denunciado la opacidad con que se contrató el proyecto que desarrollan empresas como Abengoa, Alquenor y su subsidiaria Enagas.

Torpe en su diseño y atrabancado en su realización, el PIM ha sido resistido y cuestionado por muchos. Y en 2014, cuando las obras apenas empezaban, el propio López Obrador dijo en Anenecuilco: “Nosotros no queremos esa termoeléctrica”.

Sin embargo, pese a la enérgica y persistente oposición, los 160 kilómetros de gasoducto y la planta energética se concluyeron, y al acueducto le faltan apenas 150 metros.

Muchos opositores pensaron que con el triunfo de López Obrador, ahora sí el proyecto se echaría para atrás. Pero se llevaron la sorpresa de que dado que la

obra ya existía y la inversión había sido cuantiosa, el nuevo gobierno se propone continuarlo.

No es el único caso; el aeropuerto en el lago de Texcoco se pudo cancelar porque llevaba menos de 30% de avance en lo tocante al gasto y menos en obra física, pero el tren interurbano de la Ciudad de México a Toluca, se terminará, pese al desaseo con que se hizo; y la planta de fertilizantes de Lázaro Cárdenas, Michoacán, que el gobierno malbarató y luego recompró con sobreprecio, se echará a andar.

Ejemplo paradigmático de que quien gobierna debe asumir los hechos consumados, lo tenemos en las concesiones para explotar nuestros recursos petrolíferos. Torpeza que en su momento el movimiento encabezado por López Obrador no pudo impedir, de modo que ahora que gobierna —y mientras no se creen las condiciones para proceder de otra manera— el presidente les exige a las empresas beneficiadas que inviertan y saquen el petróleo que indebidamente se les otorgó, pues lo necesitamos para nuestra seguridad energética.

Si entendemos que el costo (económico, social y ambiental) de revertir algo que estuvo mal, puede ser mayor que el de asumirlo y compensar en lo posible los daños, comprenderemos la postura de López Obrador, quien una y otra vez ha presentado sus argumentos:

“De no operar se perderían alrededor de tres mil millones de pesos al año. Además de que quedarían enterrados más de veinte mil millones de pesos y ten-

dríamos que seguir comprando energía a las empresas particulares... Tenemos necesidad de fortalecer a esta empresa productiva de la nación (la Comisión Federal de Electricidad) que fue desmantelada. Que quieren destruirla para que todo el mercado de energía sea manejado por empresas particulares, la mayoría extranjeras, a las que se tiene que pagar subsidio”.

Argumento atendible que sin embargo no cancela los muy fundados cuestionamientos que se le han hecho a la obra, y que también son atendibles. Así lo entiende uno de sus más severos críticos, Aurelio Fernández, del Centro Universitario para la Prevención de Desastres Regionales (Cupreder), quien escribió:

“Me preguntaron: ¿se puede conciliar la conclusión de la obra del PIM con la solución de los riesgos que conlleva? Sí, digo, a condición de cumplir con estos requisitos: No hacer ramales de gas, usarlo únicamente en la generación de energía en Huexca; revisar en detalle el trazo del ducto, porque no se sabe a ciencia cierta cómo se encuentra y hay críticas muy consistentes de cómo fue realizado, en particular las partes relacionadas con los productos eruptivos esperados; garantizar la reacción al transportar el gas durante un evento volcánico peligroso; garantizar el cuidado del ducto en relación al robo de combustible; revisión del sistema de enfriamiento de las termoeléctricas, prefiriendo el método seco o de agua reciclada; cuidado de otros contaminantes producidos; y, un aspecto crucial, la conciliación con los actores sociales que han participado en este proceso a lo largo de muchos años”.

Es, pues, posible recuperar la cuantiosa inversión y avanzar en nuestra soberanía energética, al tiempo que se minimizan los daños y riesgos, particularmente los volcánicos relacionados con el ducto y los hídricos que tienen que ver con el derecho de los ejidatarios a seguir recibiendo aguas utilizables para la agricultura.

Ciertamente esto supone una negociación. Hace unos días López Obrador dijo que una comisión de expertos internacionales de la UNESCO analizará el problema del agua. Y está bien. Sin embargo del gasoducto no ha dicho nada, y el Cupreder considera que los ajustes anunciados por el gobierno “no son suficientes ni los más importantes”.

De modo que, como sucede en los asuntos de trascendencia, la negociación sigue y puede ser larga, lo que no debiera sorprendernos ni inquietarnos. Pero algunos parecen dispuestos a transformar los diferendos en un choque de trenes. Y esto sí es preocupante.

¿Amarrar navajas?

En nuestras luchas contra el despojo, y en particular en la defensa de los territorios, aprendimos a ser intransigentes. Y debemos seguirlo siendo. Pero después del primero de julio habremos de darle un uso distinto a nuestra intransigencia, pues ahora tenemos una Presidencia y un Legislativo dispuestos a cambiar las cosas. Y sería bueno asumirlo así.

Si no me creen, revisen la lista. En unos cuantos días de frenético activismo, el nuevo gobierno hizo efectivas reivindicaciones centrales del pueblo mexicano (y de la izquierda): libertad a los presos políticos; no al aeropuerto en Texcoco; no a la reforma educativa punitiva; comisión de la verdad para el caso Ayotzinapa; atención real al tema de los desaparecidos; no a los transgénicos; no al *fracking*; fin de la “guerra contra el narco” sustituida por una política de paz y seguridad, que contará con una nueva fuerza pública; aumento sustancial al salario mínimo y disminución de los ofensivos ingresos de la alta burocracia; precios de garantía para campesinos; becas, capacitación, nuevas universidades y, en general, políticas de inclusión para los jóvenes; trato digno a los migrantes centroamericanos; combate efectivo a la corrupción empezando con Pemex; reafirmación de nuestra soberanía en asuntos internacionales, y recuperación de la tradición mexicana en política exterior...

¿Que quisiéramos más? ¿Que no nos gustan algunos “megaproyectos” como el Tren Maya? Pues vamos discutiéndolos, si se quiere acaloradamente. Pero admitamos que las cosas están cambiando. Y para bien.

Sin embargo, en estos días el asunto de Huexca empezó a marchar por otro camino. Y es que el derecho de los pueblos originarios a ser consultados cuando algún proyecto impacta en sus territorios — un derecho legítimo y por el que mucho hemos batallado — se transformó en un particularismo y un localismo

extremos, por el que se absolutiza el interés propio de tal o cual pueblo, mientras que se descalifica toda apelación al interés general con el argumento de que traerlo a colación no es más que un subterfugio del gobierno para imponer sus “proyectos de muerte”. Y así no se puede discutir.

Ante lo que le parece la cerrazón de una minoría —y como es su costumbre— López Obrador apeló al interés general. No sólo al que él legítimamente representa, pues fue electo por treinta millones, sino también al verificable mediante votaciones específicas. Y el 10 de febrero propuso una consulta a los habitantes de treinta y seis municipios de Morelos, quince de Puebla y nueve de Tlaxcala, a realizarse el 22 y 23 de ese mes.

Como es sabido los grupos que se han movilizado contra el PIM la rechazaron tajantemente. A veces con argumentos justos, como el que es a los pueblos originarios a quienes se debe consultar, como lo establece el Convenio de la OIT. A veces con alegatos injustos como el de que consultar a otros es indebido (¿es que con consultar a los originarios basta?) además de que una consulta ciudadana no es una “consulta popular” como establece la Constitución.

Naturalmente se opusieron a la consulta y la sabotearon —como al principio los del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra, de Atenco, a la del aeropuerto— porque pensaron que la perderían. Como efectivamente sucedió. Pero a mi ver su alegato debió ser otro.

Ciertamente el resultado (59.5 contra 40.5) demuestra que hay en la zona una población favorable al proyecto, que es lo que López Obrador quería probar. Pero esto no significa que las críticas de quienes lo cuestionan no se tomen en cuenta y que los reclamos de quienes serían afectados no se atiendan. Aunque el resultado de la consulta hubiera sido de 80 a 20, los señalamientos del Cupreder deben ser considerados seriamente, y escrupulosamente respetado el derecho al agua de los ejidatarios.

El principio democrático que está detrás de esto no es que la minoría ha de plegarse a la mayoría y ya, pues ésta última debe respetar los derechos minoritarios (pueblos originarios, diversidad sexual, etc). Pero, a la inversa, quienes defendemos algún interés particular, y todos defendemos alguno, debemos siempre tomar en cuenta el interés general. No para someternos a él y renunciar al propio, sino para ponderarlo y matizar nuestro alegato, pues, bien visto, el interés general también es nuestro interés. Los del campamento a orillas del Río Cuautla podrían decir: “Somos campesinos y queremos agua para regar. Pero, igual que todos, necesitamos electricidad, y de algún modo hay que generarla: ¿cómo le hacemos para sacar adelante las dos cosas?”

Armonización del interés particular y el interés general que torpedean fórmulas del tipo “aquí sólo mis chicharrones truenan”, como: “Para qué la consulta si nosotros ya consultamos a nuestra asamblea y dijimos ‘no’ a la termoeléctrica” (Huesca) o: “La deci-

sión está tomada, la consulta a la chingada” (consigna de activistas), posturas que no reconocen más soberanía que la local e imposibilitan toda discusión.

El crimen

Me indigna el asesinato de Samir. Y esto es un asunto ético.

Exijo que se aclare. Y esto es un asunto policiaco.

Rechazo que se use su muerte para alimentar con sangre una causa legítima. Y esto es un asunto político.

El encono ya estaba ahí. Pero se agravó exponencialmente desde el 20 de febrero, fecha en que es asesinado Samir Flores Soberanes, uno de los dirigentes más destacados del FPDTA. Faltaban dos días para la encuesta y a nadie sensato se le ocurre que lo pudo mandar matar el gobierno. No sólo porque el de ahora no es asesino, sino porque no es estúpido y la muerte de Samir abona con sangre la votación por el “no” y en general la resistencia al PIM.

Sin embargo la reacción espontánea de sus compañeros de lucha fue culpar al gobierno. “¡Samir no murió, el gobierno lo mató!”, se gritaba durante su sepelio.

No podía ser de otra manera. Y sus asesinos, que sin duda lo sabían, decidieron tirar gasolina en el fuego. Sean cuales sean sus causas particulares y sus autores, el crimen fue una provocación.

A los compas de Samir no se les puede pedir moderación. Están dolidos e indignados. Lo grave es

que algunos analistas hayan secundado esta equivocada y riesgosa lectura.

“Todo quedó claro en Morelos en estos días. Violan la ley con la ‘consulta’. Y se apegan a la línea del Prian al asesinar dos veces a nuestros muertos. Mataron al campesino Samir Flores (y) el gobierno quiso de inmediato matar su recuerdo atribuyéndole el hecho al crimen organizado”, escribió Gustavo Esteva, en un texto enrevesado pero inequívoco: lo mató el gobierno y lo mato dos veces.

“Es evidente que el asesinato de Samir Flores Soberanes es un parteaguas que ya marcó el actual gobierno... La oposición ya no es sólo al PIM, el agravio incluye al titular del Ejecutivo”, escribió Magdalena Gómez. Es verdad que Magda no dice expresamente que el gobierno lo mató. Pero como si lo dijera, pues como otros, usa la muerte de Samir como bandera de su antiobradorismo.

Algunos alimentan con la sangre del líder una causa que no la necesita, y presentan un diferendo acalorado pero específico y concreto, como si fuera una abstracta y metafísica confrontación entre la vida y la muerte. Lo que le cierra totalmente las puertas al diálogo. “La vida no se negocia. La muerte no se consulta”, es una fórmula que se ve bien en una manta colgada en Cuautla, pero cuando al día siguiente del asesinato, Gilberto López y Rivas la emplea como título de un artículo, nos está diciendo que la sangre de Samir clausuró toda negociación y toda consulta, es decir, todo recurso civilizado para dirimir diferencias. Y no.

Lamentablemente las anteriores son más que voces aisladas, su lectura coincide con la del EZLN, de cuyo entorno forman parte. Según informó *La Jornada* el 22 de febrero, el Congreso Nacional Indígena, el Consejo Indígena de Gobierno y el EZLN responsabilizaron del asesinato “al mal gobierno y sus patronos, que son las empresas y sus grupos armados legales e ilegales que así pretenden robarnos, llevarnos a la muerte y apagar las luces que nos dan esperanza”.

Con estas afirmaciones los zapatistas no interpretan un hecho, simplemente confirman una predicción: “El gobierno eligió de los cuatro candidatos al que es más de derecha”, sostuvo *Galeano* dos semanas después de los comicios. Y años atrás había dicho: “López Obrador es un peligro para México”.

Y es que desde la elección de 1994, en que apoyaron a Cuauhtémoc Cárdenas, los zapatistas dieron por cerrada la vía electoral. Pero contra sus estimaciones, en 2006, 2012 y 2018 un número cada vez mayor de mexicanas y mexicanos convocados por López Obrador apostaron al cambio de régimen por la vía comicial. Y los zapatistas se fueron quedando solos.

Podrían haber rectificado sus apreciaciones. Podrían, pero no lo han hecho. De modo que lo único que les queda es repetir obsesivamente que cambiar de gobierno es sólo cambiar de capataz, predecir que la administración de López Obrador será peor que las anteriores y esperar que llegue la guerra y los saque de su aislamiento.

“Está en marcha una nueva guerra de conquista de los territorios de los pueblos originarios y la bandera que porta el ejército invasor a veces lleva también los colores de la izquierda institucional”, afirmó *Galeano* hace seis meses. Y ahora sostienen que Samir Flores es el primer caído en esta guerra. Y que la guerra seguirá, pues la sangre ahoga toda negociación, ahoga toda consulta...

No, compas. No caigamos en la provocación. No hagamos de cada diferendo una guerra... ¿Es que no hemos tenido suficiente?

Este libro se editó en la Ciudad de México
en el mes de mayo del año 2019.

Todos los derechos reservados.
Distribución gratuita.